

ESCRITOS DIVERSOS

INTRODUCCIÓN A LOS «ESCRITOS DIVERSOS»

Como la denominación de esta parte lo indica, los «Escritos Diversos» reúnen una serie de textos muy diversos y de importancia muy desigual, que jalonan toda la vida de santa Teresa del Niño Jesús, desde la infancia hasta su muerte, algunos de los cuales ella conservó en el carmelito.

Para unos fragmentos tan dispares, se podrían citar las palabras de la Sagrada Escritura: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie» (Jn 6,12; cf. CA 14.9.1). Por lo que se refiere a Teresa, el abate Combes escribía a sor Genoveva: «A la historia le interesan todos los aspectos de su vida y de sus obras, y puede publicar todo lo que salió de su pluma. (...) La más pequeña palabra salida de su mano es una reliquia» (cf. *supra*, Introducción a las Cartas, y CG, pp. 46 y 49).

Sin embargo, no era posible publicar aquí todos los cuadernos escolares de Teresa y todas sus redacciones¹. La selección que hemos realizado privilegia los aspectos biográficos.

Hemos clasificado estos textos en dos categorías, siguiendo un orden cronológico.

I. ESCRITOS DIVERSOS EN LOS BUISSONNETS, ENTRE 1880 Y 1888

1. *Notas de tres retiros*, en los Cuadernos de niña. En ellas se puede ver lo que fueron las enseñanzas de los sacerdotes que provocaron, sobre todo en mayo de 1885, la gran crisis de escrúpulos de Teresa y que están probablemente en el origen de sus

¹ En Mss I y II, el P. Francisco de Santa María ha publicado varios textos de los Cuadernos de niña, narraciones y copias de textos (tomo I, pp. 22-24; tomo II, pp. 22, 24, 26, 27), al igual que *Vie thérésienne* (n° 74, abril 1979). Pueden verse también las 26 redacciones de Teresa: «Thérèse écolière. Devoirs de style et narrations de Thérèse Martin (1885-1887)» en la revista *Carmel* 1957/II, pp. 81-107.

dificultades para vivir con serenidad los retiros espirituales, tanto predicados como privados.

2. *Notas cronológicas*, extraídas de los Cuadernos de niña.

3. *Ejercicios de redacción*, sacados de los cuadernos de la alumna, a los que hemos añadido un dictado que es muy revelador de su vida diaria.

4. *Extractos de «Fin du monde présent et Mystères de la vie future»* del abate Charles Arminjon, copiados en mayo y junio de 1887, y que marcaron profundamente la espiritualidad de Teresa.

II. ESCRITOS DIVERSOS EN EL CARMELO, ENTRE 1888 Y 1897

1. *Estampas bíblicas*. En 1896-1897, Teresa compuso nueve estampas para el breviario, partiendo de fotografías sacadas por sor Genoveva. Ella concedía una gran importancia a estas composiciones, y ella misma eligió las citas bíblicas.

2. *Memoria sobre la madre Genoveva de Santa Teresa*. Texto inédito, escrito por sor Teresa del Niño Jesús en base a las conversaciones que la benjamina del carmelo tenía en la enfermería, los domingos, con la fundadora (cf. Ms A 78r°).

3. *Textos diversos* que Teresa conservaba en la mesa de su celda o en diversos libros de su uso, lo cual indica la importancia que les daba:

- «Testamentos» de san Juan de la Cruz y de san José, que Teresa «extendió» en las fiestas de estos santos.
- Notas de los retiros del P. Pichon, una exhortación del abate Delatroëtte y algunas cartas de Teófanos Vénard.
- Copias de textos que podían ser utilizados como «sentencias», un consejo espiritual del abate Baillon, etc.

4. *Selecciones bíblicas*. Tres florilegios de la Sagrada Escritura, característicos del enraizamiento teresiano:

- Concordancia pascual (1896 o 1897).
- Estampa-recordatorio del señor Martin (1894).
- Álbum de fotografías para la Madre María de Gonzaga.

Estos Escritos Diversos revelan, cada uno a su manera, algunos aspectos de las preocupaciones más o menos profundas de Teresa en distintos momentos de su vida. Por eso, era de desear que no quedasen enterrados.

I. EN LOS BUISSONNETS (1880-1884)

I. NOTAS DE RETIROS

5-7 de mayo de 1884. Notas del retiro

Cuaderno azul. Texto escrito a lápiz. Acerca de este retiro, predicado por el Sr. abate Domin, capellán de las benedictinas de Lisieux, cf. Ms A 33vº. «La Señora Priora» es la madre San Exuperio (Modesta Enguchard, 1816-4 de mayo de 1884). (Texto publicado en Mss II, p. 22 y en VT, nº 74, abril 1979, pp. 132-133).

Retiro para mi primera comunión

5 de mayo Meditación de la mañana

El Señor abate nos dijo que éramos como los servidores del Evangelio, y que al final de nuestra vida Dios nos pediría cuentas de las gracias que nos ha concedido, y que tendríamos que presentárselas en proporción a las gracias que nos ha dado. He pensado que yo tendré mucho de lo que dar cuenta a Dios, que ha sido tan bueno conmigo y me ha concedido tantas gracias, y he prometido esforzarme por ser buena y por tener muchas obras buenas para presentar a Dios.

2ª charla

El Señor abate nos ha hablado de la muerte, y nos (*falta una palabra*) que no había manera de hacernos ilusiones, que era segurísimo que teníamos que morir, y que quizás habría alguna que no terminase el retiro.

Nos contó que, cuando él era joven, un Padre misionero les predicó un retiro y les dijo que a lo mejor al día siguiente faltaba uno, y, en efecto, al día siguiente uno estaba muerto. Yo quiero ser muy buena, para que no me sorprenda la muerte.

3ª charla

Esta tarde la meditación fue sobre el infierno. El Señor abate nos representó las torturas que se sufren en el infierno. Nos

ha dicho que de nuestra primera comunión iba a depender que fuésemos al cielo o al infierno. Yo me estoy preparando bien, y espero ir al cielo.

7 de mayo 1ª charla

El Señor abate nos ha hablado de la 1ª comunión sacrílega. Nos ha dicho cosas que me han dado mucho miedo.

Durante el retiro, nos han faltado muchas charlas, porque ha muerto la Señora Priora y el Señor abate no ha podido ocuparse mucho de nosotras.

17-20 de mayo de 1885. Notas del retiro.

Cuaderno azul. El abate Domin predicó este retiro para la segunda comunión, que desencadenó una «terrible enfermedad de escrúpulos» (Ms A 39rº). (Texto publicado en Mss II, p. 26 y VT, nº 74, p. 133).

2º Retiro

Domingo noche

Esta noche el Señor abate nos ha dicho que, cuando quería convertir a un alma, la llevaba a la soledad y le hacía hacer un retiro.

Meditación Lunes mañana

Sólo hay una cosa importante, que es la salvación. Todo lo demás es inútil.

2ª charla

Lo que nos dijo el Señor abate era muy espantoso. Nos ha hablado del pecado mortal. Nos ha pintado el estado de un alma en pecado mortal y cuánto la odia Dios. La comparó a una palomita que se empapa de fango y que, a causa de eso, no puede volar. Así somos nosotros cuando estamos en estado de pecado mortal, que ya no podemos elevar nuestra alma hacia Dios.

3ª charla

La muerte.

Martes Meditación

Juicio particular.

2ª charla

Sobre la confesión. Necesidad de hacer una buena confesión.

3ª charla

El Señor abate nos ha dicho que preparemos una buena morada para Jesús y que le hagamos un lugar hermoso en nuestro corazón donde pueda descansar. Que lo primero que teníamos que hacer era barrerlo, es decir, retirar de él todo lo que desagradase al Niño Jesús; y luego, recoger todas las flores que pudiéramos, es decir, las buenas acciones, para adornar con ellas nuestro corazón y prepararle así un lugar bien florido para descansar. Y que cuantas más flores hubiese, mejor sería.

Miércoles mañana Meditación

La agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos.

2ª charla

La Santísima Virgen es nuestra Madre y no nos abandonará jamás, en cualquier situación en que nos encontremos. Desanimarse sería hacerle un agravio, pues, si no la olvidamos, podemos estar seguros de que nos salvaremos. El Señor abate nos ha hecho hacer propósitos; yo he mantenido los de la 1ª comunión, que son: 1º No me desanimaré; 2º Todos los días rezaré un Acor-daos a la Santísima Virgen; 3º Trataré de humillar mi orgullo.

Octubre de 1885. Notas del retiro.

En el Cuaderno azul, en unas hojas sueltas escritas a lápiz, se encuentran unas notas del retiro espiritual de octubre de 1885, quizás del martes 6 por la noche al sábado 10 por la mañana. El abate Domin sólo les dio la primera charla; desconocemos el nombre del predicador que le sucedió. (Texto publicado en VT, nº 74, pp. 134-135).

Retiro de 1885

La primera charla nos la ha dado el Señor abate Domin. De este retiro sólo pondré las cosas más importantes. Por la impresión, me acordaré bien.

Miércoles mañana

Sobre el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Cuando pierde una, va en su busca y no vuelve hasta que la ha encontrado.

A las 11

Sobre el Sagrado Corazón de Jesús. El deseo de una hija del Sagrado Corazón debe ser hacer latir el corazón de su Jesús.

A las 2

Los principales defectos de una joven son la frivolidad y la impresionabilidad.

A las 6

Sobre el pecado. El pecado nos vuelve horribles a los ojos de Dios. Pero Dios está deseando perdonarnos.

Jueves

Cómo meditar.

A las 11

Sobre las almas del purgatorio. Nosotros podemos liberar las almas del purgatorio, y no lo hacemos. En un sepulcro había «Hoy yo, mañana tú». ¡Cuánto me ha hecho pensar esta frase!

A las 2

Sobre el juicio. Inmediatamente después de nuestra muerte, compareceremos ante Dios que nos (¿enviará?) al cielo o al infierno o bien al purgatorio.

A las 6 de la tarde

Sobre la muerte. Podemos morir dentro de un minuto o dentro de un segundo.

Viernes mañana

Sobre el infierno.

A las 11

Nos consagraremos al Sagrado Corazón de Jesús.

A las 2

Somos apóstoles del Corazón de Jesús. Todas las mañanas ofreceremos todos nuestros actos, éste es el 1^{er} grado; rezar todos los días una o dos decenas con los misterios es el 2^o grado. Además, una comunión al mes.

A las 6

Nuestro Señor ha querido recibir un bautismo de sangre para redimir nuestros pecados.

Sábado

Contrición de los pecados. Nuestro Señor ha querido tomar sobre sí todos nuestros pecados en nuestro lugar.

2. NOTAS CRONOLÓGICAS (1884-1886)

Textos de Cuaderno gris (1884-1886), publicado en VT, n° 74, pp. 131s. Notas a lápiz. – Tom es el perrito blanco de Teresa (cf. CG, p. 202, nota d). – Glos: una pequeña localidad a unos 5 kms. de Lisieux. – El viaje del señor Martin durará de seis a siete semanas; cf. Cronología. – Pardillo: cf. Ms A 53r°.

Al final de este Cuaderno gris, Teresa registró la lista de sus comuniones de 1884-1885. En aquella época no se podía comulgar sin permiso del confesor. Entre paréntesis hemos añadido las fechas que faltan. – El orden de las comuniones 21ª y 22ª está invertido. «Mamá» recuerda el aniversario de la muerte de su madre.

El 26 de junio llegó Tom a nuestra casa. Año 1884.

El 1 de octubre del 84 me dieron un dado de hueso.

El 2 de octubre del 84 fuimos en tren a Glos.

El 22 de agosto de 1885 papá partió para Constantinopla.

En el mes de julio de 1885 me trajeron un pardillo.

El 25 de mayo del 86, martes, estreno unos zapatos blandos.
Heredo 20 francos.

18 de septiembre de 1884: nacen mis pececitos.

Comuniones

1ª	Comunión	8 mayo 84
2ª	Ascensión	(22 mayo 1884)
3ª	Confirmación	(14 junio 1894)
4ª	Aniversario de mamá	(muerta el 28 de agosto de 1877)
5ª	Triduo de la Natividad	(8 septiembre 1884)
6ª	El retiro	(octubre de 1884)

7ª	Todos los Santos	
8ª	Día de los Difuntos	
9ª	Inmaculada Concepción	
10ª	1º de año de 1885	
11ª	Epifanía	
12	Purificación	
13	Anunciación	
14	Domingo de Ramos	(29 marzo 1885)
15	Pascua	(5 de abril)
16	Ascensión	(14 de mayo)
17ª	2ª comunión	(21 de mayo)
18ª	Trinidad	(31 de mayo)
19ª	Corpus Christi	(domingo 7 de junio)
20ª	Asunción	
21ª	Natividad V.	(8 de septiembre)
22ª	Mamá	(28 de agosto)

3. DICTADO Y EJERCICIOS DE REDACCIÓN

Dictado (5 de junio de 1880)

Teresa tiene siete años y medio. El interés de este «dictado» (inédito), un tanto incoherente, está en que nos ofrece informaciones acerca de varios miembros de la familia Martín y sobre la propia Teresa, sus gustos, sus temores, sus juegos, sus preocupaciones religiosas. Seguramente se trate de un texto de Paulina. – El miedo a las arañas aparecerá de nuevo en las Últimas Conversaciones (cf. CA 13.7.18 y 18.8.7). – Teresa no será curada por la Santísima Virgen (último párrafo) hasta tres años más tarde.

Ayer se confirmó Celina. Hoy he leído la historia de la resurrección de Lázaro y la curación del centurión. Me gustan las margaritas gigantes, los acianos y las amapolas. Las arañas grandes me dan mucho miedo.

Hoy está lloviendo mucho, no me gusta el mal tiempo. Cuando haga bueno, nos iremos al campo. Hay un precioso nido de pardillos en el jardín, son unos pardillos brillantes. Celina y Leonia tendrán vacación el viernes, y yo también si soy buenecita.

Hay dos guindas en el jardín. Leonia está cortando cartulina. El tapiz es verde, la noche es oscura, la tinta es negra. La corbata de Paulina es roja y el cuello es blanco.

La Santísima Virgen fue al templo a la edad de tres años. Destacaba entre sus compañeras por su piedad y su dulzura angelical; todos la querían y la admiraban, pero mucho más los ángeles, que la consideraban como su hermanita.

Los cielos proclaman la gloria de Dios. Ayer fui al campo con papá y me divertí mucho. Cogí un hermoso manojo de margaritas gigantes para hacer una corona y traje en mi cestita más flores bonitas para Celina. Pronto llegarán las vacaciones de verano. Me gustan las fresas, las frambuesas, las cerezas, las grosellas, las grosellas negras, las peras, las manzanas, las ciruelas, los melocotones, los albaricoques, las uvas, los higos, etc.

Tengo una muñeca grande muy bonita, pero me gusta más el niño que me regaló mi tía como aguinaldo. También tengo toda clase de muñequitas con las que me divierto mucho.

Quiero ser una niña muy buena. La Santísima Virgen es mi Madre querida y lo normal es que los hijos se parezcan a su madre. Papá está en Trouville y a lo mejor nos trae cangrejos de mar. Me alegro, es tan divertido ver esos animalitos negros volverse rojos cuando se les cuece...

Enero de 1885. Ejercicio de redacción

Publicado en la revista Carmel, 1975/II, pp. 89-90, con un error de fecha (1886 en vez de 1885).

Misa de Gallo

Querida amiga:

Me dices en tu carta que no han querido dejarte asistir a la Misa de Gallo. Para compensarte, te voy a hacer partícipe de mis impresiones con ocasión de esa hermosa fiesta. Por la tarde no cabía en mí de alegría, hablaba continuamente del día siguiente y quería que hubiera llegado ya. María quería que me acostase hasta que llegase la hora, aunque yo le aseguraba que no iba a poderme dormir; y de hecho, me costó mucho dormirme. Pero cuando María vino a despertarme a las once y media, no me hice de rogar para levantarme; me levanté enseguida, y nos fuimos. Por el camino, yo pensaba en los pastores, que hace mil ocho-

cientos ochenta y cinco años se habían puesto también en camino a esta hora para adorar al divino Niño Jesús, que acababa de nacer. Pero, al igual que ellos, yo no iba para verlo con los ojos del cuerpo, sino con los ojos del alma y para oírle hablarme al corazón. ¡Y qué cosas tan dulces me dijo después de la comunión! Desde el día de mi primera comunión, nunca le había oído hablar tan bien a mi corazón. Creo realmente que era necesario que fuese Navidad y que él viniese como un niño a mi corazón para decirme palabras tan dulces. Así que ya ves, querida Genoveva, qué hermoso es recibir al Niño Jesús el día de Navidad, y sobre todo en la Misa de Gallo. Por eso, espero que este año te portes muy bien y cuides tu salud para que el año que viene te permitan ir a la Misa de Gallo.

Adiós, querida amiga. Te dejo, esperando una próxima carta. Tu amiga que te quiere mucho,

Teresa, hija de los Stos. Ángeles

15 de octubre de 1885. Ejercicio de redacción

Carta ficticia al señor Martin, publicada en CG, pp. 200s, con el número LTS 18a, donde podrá encontrarse un extenso comentario. Se trata del viaje del señor Martin a Constantinopla. En esta composición es difícil distinguir la ficción de la realidad. – Sobre el episodio bíblico al que Teresa se refiere, cf. Tb 5,20-21 y 11,9. – Otro ejercicio de redacción (LTS 18b), del 11 de febrero de 1886, podrá encontrarse en CG, pp. 202s.

Querido papáito:

Hace ya tres semanas que nos dejaste. Tres semanas resultan muy largas para tu hijita cuando vive separada de ti. Si supieras cómo deseo que vuelvas. Me imagino muchas veces tu llegada: todos estamos contentos, nos apresuramos por llegar a la estación, tenemos miedo de no llegar a tiempo, y al fin llegamos un cuarto de hora antes. Por fin, llega el tren y de damos un abrazo. Tú estás bien y nosotras estamos encantadas.

Pero con mucha más frecuencia el cuadro es negro. Me imagino que has retrasado la vuelta y que, en vez de quince días, será un mes o aún más lo que tendremos que esperar. O que estás enfermo porque no te cuidas lo suficiente.

Papáito querido, me vas a decir que no soy juiciosa, que me invento quimeras. Quizás eso sea un poco verdad, ¡pero qué se le

va a hacer!, yo soy así; y además que no me falta razón, porque, en realidad, ¿no puedes retrasar el viaje?, y además tienes que reconocer, papaito, que nunca tomas suficientes precauciones para no caer enfermo, siempre dices que no hay peligro, pero hay un proverbio que dice: A Dios rogando y con el mazo dando.

Pero me doy cuenta de que, a este paso, te voy a poner la moral por los suelos. Perdóname, querido padre, es el miedo que tiene tu hijita a que te pongas malo lo que la hace hablar así.

Todos en casa desean también que vuelvas. Te tenemos acribillado a oraciones, invocamos a no sé cuántos santos, entre otros a san Rafael para que guíe tu viaje como el de Tobías y te devuelva sano a nosotras.

Todas estamos deseando que vuelvas lo más pronto posible, y estoy (segura) de que también Tom es de mi opinión, pues se aburre en tu ausencia y estoy segura de que se prepara para mover la cola a tu regreso como el perro de Tobías y a celebrarlo con saltos de alegría.

Hasta pronto, queridísimo papá.

Un abrazo de todo corazón. Tu hija que te quiere tanto como se puede querer a un papá como tú

Teresa,
hija de los Stos. Ángeles

Finales de diciembre de 1886 - Comienzos de enero de 1887

Ejercicio de redacción

Ejercicio de redacción escrito después de la gracia de Navidad de 1886 (cf. Ms A 44vº/45vº)

José

Jesús

¡¡¡María!!!

¡¡¡Navidad!!!

La hermosa fiesta de Navidad es el aniversario del nacimiento de Jesús, nuestro Redentor, que vino al mundo en la noche del 25 de diciembre de 4004.

Jesús, para salvar a los hombres, quiso nacer más pobre que los pobres. Aunque para salvar al género humano le habría bastado con derramar una sola gota de su sangre, quiso hacerse niño pequeñito y nacer en un establo, sin que hubiera para cubrirlo

más que unos pañales prestados y para calentar sus delicados miembrecitos un buey y una mula.

¿Quién logrará nunca entender este misterio de amor? Todo un Dios baja del cielo, donde es adorado y alabado, para salvar a una criatura ingrata y culpable. ¿Cómo podremos alabar y agradecer lo suficiente a este Niñito que viene a nosotros y que, a cambio de todo lo que hace por nosotros, no nos pide más que nos entreguemos a él sin reservas? ¿Quién, Jesús, se atreverá a negarte este corazón que tan mercedamente has conquistado y al que has amado hasta hacerte semejante a él y dejarte luego crucificar por unos verdugos despiadados?

Además, eso no te pareció todavía suficiente: tuviste que quedarte para siempre cerca de tu criatura, y desde hace diez y ocho centenares de años estás prisionero de amor en la santa y adorable Eucaristía.

22-25 de marzo de 1887. Ejercicio de redacción

Publicado en la revista Carmel, 1957/II, p. 99.

San José

¡San José! ¿Quién se atreverá a pregonar sus alabanzas? ¿Quién podrá contar su vida y sus méritos?

El Evangelio, al hablar de san José, no dice más que una cosa: que era un hombre justo y temeroso de Dios. Jesús quiso correr un velo misterioso sobre la vida de aquel a quien llamaba padre, con el fin de que las acciones de José fuesen sólo para él. Pero, con todo, a través de ese velo, Jesús nos permite distinguir algunos rasgos de la grandeza de alma de san José. San José siempre correspondió a las gracias divinas y nunca le pareció demasiado duro hacer la voluntad de Dios. ¡Qué ejemplo de fe nos da san José! Apenas el ángel le dijo que huyese con Jesús y María, se levanta y se pone en camino. Su vida está llena de acciones como ésta, obedeciendo siempre a los deseos de Dios.

¡Y qué poder no tendrá san José ante el que él alimentó durante su vida mortal...! Sí, vayamos con confianza a José. Jesús mismo nos lo recomienda, pues no puede negar nada al que durante su existencia buscó siempre agradecerle.

¡Gran santo!, tú que todo lo puedes ante Jesús, ablanda su corazón en favor de la pobre Francia y pídele que no aleje de ella su gracia, recuérdale que Francia es la hija primogénita de la Iglesia.

1887 – Ejercicio de redacción

Un texto muy significativo de Teresa, escrito a lápiz. Apareció en la revista Carmel, 1957/II, p. 106. (En ese mismo número se pueden encontrar otros dos ejercicios de 1887, de cierto interés, aunque bastante convencionales, sobre El mar y sobre Pascua).

Si mis sueños se hacen realidad, un día me iré a vivir en el campo. Cuando pienso en ese proyecto, me siento transportada en espíritu a una casita encantadora o a un chalet muy soleado. Todas las habitaciones miran al mar, pues mi casita estaría en un pueblecito a la orilla del mar. Escogería uno aislado, sin más habitantes que algunos viejos marineros y algunas pobres gentes por el estilo. Podría satisfacer mis gustos y a la vez hacer mucho bien en el pueblecito.

Me gustaría que mi casa fuese lo más pequeña posible. Tendría simplemente: 1º, en la planta baja una cocina y un comedor; en el 1º piso un dormitorio, un pequeño cuarto de baño y una sala, todo para una sola persona; y finalmente, en el tercer piso, un granero y una buhardilla.

Olvidé decir que debajo de la casa me gustaría tener una bodega bien provista, para socorrer a los pobres y fortalecerlos con vino generoso; y detrás de la casa, un pequeño leñero. La huerta sería bastante grande, con un pequeño invernadero y un cobertizo al fondo. Detrás de la huerta, un prado con un establo en el que habría una vaquita bretona y un asno. Tendría también algunos corderitos, pollos y una gran pajarera. El invernadero estaría siempre lleno de hermosas flores. Tendría un barquito para poder darme de vez en cuando un paseo por el mar.

Mi casa no estaría lejos de la iglesia, para poder ir todas las mañanas a Misa; e inmediatamente después, montada en el asno, iría a visitar a los pobres del pueblo y les llevaría provisiones y medicinas.

Junio de 1887. Ejercicio de redacción

Este «sueño de Juana de Arco» es un deber escolar, probablemente de junio de 1897, según el borrador detallado de un Tratado de narraciones; cf. Récréations, p. 320, donde se publicó este texto por primera vez.

Juana de Arco está en Rouen, metida en la cárcel, y pide perdón para sus verdugos, para los ingleses que la han condenado

tan injustamente. Pide perdón también para el rey, para ese rey que, en vez de la gratitud que le debe a la generosa heroína, sólo le ofrece olvido e indiferencia.

¡Y cómo debía sangrar su corazón cuando, sola y abandonada en su prisión, recordaba sus victorias y sus triunfos! Sí, entonces todos la aclamaban y ella contemplaba a las multitudes emocionadas apretujándose a su paso. Pero hoy todos la abandonan y no ve más que olvido e indiferencia.

Sin embargo, Juana no se desanima. Su espíritu está sereno, su confianza en Dios no tiene límites. Posee la paz del corazón, tiene el testimonio de una conciencia limpia. Sus enemigos pueden quitarle la vida, pero aunque todos se unieran contra ella, no lograrían quitarle lo más precioso que tiene en la tierra. En su inocencia, Juana se duerme. Está en vísperas de su muerte, pero no le importa: tiene a su Dios, y mañana estará con él.

En sus sueños, Juana no contempla sus victorias, no consigue nuevos triunfos, se siente transportada a los lugares queridos, a sus años de juventud. Está en Domrémy y allí vuelve a ver su rebaño y a sus compañeras queridas. Vuelve a los juegos de su niñez, vive con sus padres momentos felices, saluda aquel paisaje en el que tantas veces descansó su mirada: aquel vallecillo, el río plateado, las verdes praderas, esa capillita en la que tantas veces escuchó las voces de sus santos predilectos. En el pueblo la reciben con transportes de alegría, y sus ancianos padres levantan orgullosos su cabeza encanecida. Juana se encuentra en el colmo de su felicidad.

Pero, de pronto, resuenan fuertes pasos bajo las bóvedas sonoras. Son los pasos del carcelero que viene a buscar a la prisionera. Juana se levanta valerosa, fortalecida por su sueño bendito, y se va a completar en el cielo el sueño que había comenzado en la tierra, allá ya sin ninguna interrupción. Su sueño se verá hecho realidad: por toda la eternidad gozará de la visión de Dios y volverá a encontrar a sus padres, a los que amó en la tierra, y entonces ya nunca se separará de ellos.

Marzo o abril de 1887. Ejercicio de redacción

Esta evocación de la naturaleza fue publicada en Carmel, 1957/II, pp. 103s, y en Mss II, p. 9, a propósito del paseo al castillo de Grogny (Sarthe), en el Ms A 8v^o.

Un parque

Cuando llega abril, ese hermoso mes en que las flores brotan de sus capullos color rosa y en que las violetas despliegan a porfía sus pequeñas corolas perfumadas, también los niños, al igual que las flores, sienten necesidad de aire y de movimiento.

Conozco, a la orilla del mar, un precioso castillo, rodeado de un gran parque. En ese parque retozan siete u ocho hermosos pe-tirrojos, semejantes a una nidada de reyezuelos. ¡Qué alegre que es ver en primavera cómo se despierta este viejo castillo! Se ve, al poco, la encantadora cabecita de un niño, mirando, inclinada, los pececitos rojos del acuario. Allí, a través de la enramada, se ven flotar al aire las cintas multicolores de las niñeras, que tienen en brazos un rorro que sonríe al sol y a la llegada de la primavera que sus ojos ven por primera vez desde que llegó al mundo. Un poco más lejos, bajo los grandes castaños seculares, otros niños que se vuelven semejantes a los pájaros y parecen volar por el aire: una hermana mayor empuja un silloncito en forma de columpio, y la niña hace resonar el aire con su risa argentina al ver que sube tan alto que sus hermanas quedan muy por debajo de ella.

En este gran parque no hay solamente niños. Hay también gacelas, gamos y corzos domesticados. Se ven pasar velozmente ante los ojos a estos preciosos animales. Al principio, uno cree estar en un bosque y contiene el aliento por miedo a asustarlos. Pero no tengáis miedo, mirad a esa gacela seguida de su cervatillo: va a comer de la mano de un niño que le ofrece un trozo de pan blanco. A la vista de esto, uno creería estar realmente en el paraíso terrenal.

En este gran parque hay todavía otro entretenimiento más. Mirad, aquí más cerca, en medio de ese césped esmaltado de flores, otros niños montados en un caballo de madera que da vueltas y más vueltas alrededor de un círculo reducido; pero no por eso se les ve menos contentos, y querrían seguir cabalgando sin cesar alrededor de esa línea sin fin, si los brazos del viejo criado no se sintieran cansados por un momento.

En ese gran parque hay también muchas otras maravillas que me llevaría mucho tiempo enumerar. Las personas que deseen adquirir un mayor conocimiento de mi parque sólo tienen que dirigirse al puertecito de mar de L... La encantadora familia X... recibe todos los años muchos visitantes.

4. NOTAS SACADAS DE ARMINJON

En 1887, Teresa quedó fuertemente impresionada por la lectura de un libro del abate Charles Arminjon: «Copié varios pasajes sobre el amor perfecto», etc. (Ms A 47 rº/vº). Se trataba del *Fin du monde présent et Mystères de la vie future* (*Fin del mundo presente y misterios de la vida futura*), una serie de conferencias predicadas en la catedral de Chambéry (1ª ed., Palmé-Albanel, Paris/Bruxelles, 1881; Teresa conoció también, ya en el Carmelo, la 2ª ed., Imprimerie Saint-Paul, 1882; cf. VT, nº 79, p. 219). La reedición de 1970, en la OCL, ofrece una concordancia entre la paginación de 1882 y la de 1970.

30 de mayo de 1887. Copia

El primer texto copiado (reproducido en Mss II, p. 32) aparece en la p. 165 de la edición de 1881, en la p. 149 de la edición de 1882, y en la p. 205 de la edición de 1970 (conferencia «Du Purgatoire»); Teresa lo conservaba en su Manuel du chrétien.

El hombre abrasado en la llama del amor divino es tan indiferente ante la gloria o la ignominia como si estuviese solo y sin testigos en la tierra. Desprecia todas las tentaciones. Los sufrimientos le preocupan tan poco como si fuese otro el que los padece.

Lo que está lleno de suavidad para el mundo no tiene ningún atractivo para él. Es menos susceptible de coger el más mínimo apego a las criaturas, que el oro refinado siete veces de coger herrumbre.

Estos son, ya en esta tierra, los efectos del amor divino cuando se apodera con fuerza de un alma.

30 de mayo del 87.

Extracto de *Fin du monde présent et Mystères de la vie future*, del abate Arminjon (Conferencias)

4-5 de junio de 1887. Copia

Estas copias, hechas en un cuaderno escolar de tapas negras, provienen de las pp. 237 y 259 de la edición de 1881 (7ª conferencia: «De la Béatitude éternelle et la vision surnaturelle de Dieu»). Reproducidas en Mss II, pp. 32s.

4 de junio de 1887. Extracto de *Fin du monde présent et Mystères de la vie future*. Conferencia sobre el cielo, del abate Arminjon.

– ...Y Dios, agradecido, exclama: ¡Ahora me toca a mí! A la entrega que los santos me hicieron de sí mismos ¿puedo yo responder de otra manera que entregándome a mí mismo sin restricción alguna y sin medida? Si pongo entre las manos de quienes me han servido con fidelidad el cetro de la creación, si los rodeo con los torrentes de mi luz, sería ya mucho, sería ir mucho más allá de cuanto se hayan elevado sus sentimientos y sus esperanzas; pero no es ése el último esfuerzo de mi corazón: yo les debo más que el paraíso, más que los tesoros de mi sabiduría, les debo mi vida, mi sustancia eterna e infinita.

Si yo hago entrar en mi casa a mis servidores y a mis amigos, si los consuelo, si les hago estremecerse con los encantos de mi ternura, si los estrecho en un abrazo de mi amor, es para saciar sobreabundantemente su sed y sus deseos, muy por encima incluso de lo que sería necesario para el descanso total de su corazón.

Pero ni aun esto es suficiente para que mi corazón divino se sienta conforme y mi amor plenamente satisfecho. Es necesario que yo sea el alma de su alma, que los penetre y los impregne de mi divinidad como el fuego impregna al hierro; que, mostrándome a su espíritu sin nubes y sin velos y sin la mediación de los sentidos, me una a ellos *en un cara a cara eterno*; que mi gloria los ilumine, que transpire e irradie por todos los poros de su ser, para que, «conociéndome como yo los conozco, se vuelvan también ellos dioses».

– Padre, exclamó Jesús: «te pido que donde estoy yo estén también conmigo los que yo he amado». Que se abismen y se pierdan en las profundidades del océano de mis claridades; que deseen, que posean, que gocen, que sigan poseyendo y deseando; que desaparezcan en el seno de tu felicidad, y que de alguna manera sólo quede de su personalidad el conocimiento y el sentimiento de su dicha.

5 de junio 87

En el cielo la felicidad es estable. Los elegidos, confirmados en gloria, son inasequibles al temor. Los siglos se sucederán unos a otros sin que disminuya su felicidad y sin que se extienda por su

frente una sola nube de tristeza. La certeza de poseer eternamente los bienes que tanto aman centuplica su dulzura. ¡Qué gran motivo de júbilo cuando, después que hayan transcurrido millones y millones de siglos, contemplando en la lejanía del pasado el día en que hicieron su ascensión triunfante, digan: Nada de todo esto ha pasado, hoy reino, hoy estoy en posesión de mi dicha, y la poseeré mientras Dios sea Dios, es decir, siempre, siempre...!

II. EN EL CARMELO (1888-1897)

1. ESTAMPAS BÍBLICAS

Teresa compuso nueve estampas para el breviario, las más de ellas partiendo de fotografías sacadas por su hermana sor Genoveva (Celina). Ateniéndonos a la escritura, podemos pensar que ninguna de ellas es anterior al verano de 1896. Teresa rodea estas estampas de textos básicamente bíblicos, de acuerdo a unos temas prefijados. Remitimos al lector a la presentación exhaustiva que de ellas se hace en VT, n° 77, enero 1980, pp. 68-80. Las citas se encuentran, en su punto y lugar, en *La Bible avec Thérèse de Lisieux* (BT).

Est 1 Cristo en la cruz (julio-agosto de 1896)

Un citrato representa a María Magdalena postrada a los pies del Crucificado (cuadro de Kehren o de Müller). Es la reproducción de la estampa que Teresa tenía en su misal, en el verano de 1887, y que le inspiró «la sed de almas» (cf. Ms A 45v°/46v°). La mujer allí postrada es al mismo tiempo la Samaritana, María Magdalena la pecadora, y la propia Teresa que aspira a «pasar su vida recogiendo esa sangre preciosa para las almas» (CA 1.8.1). Esta estampa puede verse en DLTH, p. 77. Las tres estrofas al dorso están sacadas de la poesía de Teresa Jesús, Amado mío, acuérdate (PN 24, estr. 10, 25 y 26, con algunas variantes.)

Anverso:

Tengo sed... ¡Dame de beber...!

Juan XIX, 28; IV, 7

Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», tal vez tú se lo pedirías a él ¡y él te daría agua viva...! El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed, y el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna...

Señor, dame de esa agua, para que ya nunca más tenga sed.
(Juan IV)

Señor, tú ya sabes que te quiero...
pero ten compasión de mí, porque no soy más que un pecador.

Juan XXI, 15 – Lc XVIII,13

Reverso:

Acuérdate, Jesús: junto al brocal de un pozo,
un Viajero sediento, cansado del camino,
refrescó el corazón de la Samaritana
con raudales de amor de su pecho escondido.
¡Bien conozco yo a Aquel que pidió de beber!
Él es el don de Dios, de gloria manantío.
Eres agua que salta,
el mismo que nos llama:
¡Ven a mí!

Acuérdate, Señor, de la amorosa queja
que de tu Corazón brotó sobre la cruz.
También, ay, desde el mío brota una semejante
y comparto el ardor de su sed, ¡oh, Jesús!
Y cuanto más me abraso con tus divinas llamas,
más almas quiero darte que brillen con tu luz.
Tu sed de amor sea mía,
te pido noche y día.
¡Acuérdate!

Acuérdate, Jesús, Tú, Palabra de Vida,
de que tanto me amaste que moriste por mí.
También yo quiero amarte a ti hasta la locura,
también quiero vivir y hasta morir por ti.
Tú bien sabes, Dios mío, que lo que yo deseo
es hacer que te amen, mártir por ti morir.
De amor morir deseo,
Señor, de este mi anhelo
¡acuérdate!

Est 2 Juana de Arco en prisión (¿julio? de 1896)

Esta estampa doble se compone de un soporte de cartón en el que están pegadas, al dorso y en el reverso, dos fotografías (retocadas) de Teresa en «Juana de Arco en su prisión» (VTL, n.º 13 y 14; DLTH, pp. 220-221, 285). La foto de VTL 13 lleva como leyenda: «La Ven. Juana de Arco en su prisión», y la de VTL 14: «La Ven. Juana de Arco consolada en su prisión por Sta. Catalina, v.m.» (virgen y mártir). Los versículos bíblicos elegidos traducen a la vez la Pasión de Juana de Arco y la «prueba de la fe» de Teresa.

De esta estampa ha habido al menos cinco ejemplares (con tres borradores).

Última cita del recto: Sal 41,6.5; la segunda del anverso: Mt 5,10; 5,8; y luego, Mt 5,5 y 2 Tim 4,7-8.

Anverso:

El que quiera seguir mis pasos, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.

Mt XVI, 24-25.

Ten piedad de mí, Señor, que soy la burla de mis enemigos, e incluso objeto de miedo para mis amigos... Me han olvidado como a un muerto, pero yo espero en ti, Señor... Te digo: ¡Tú eres mi Dios...!

Sal XXX, 12.13.15.

Os aseguro que si el grano de trigo que cae en tierra no muere, se queda solo; pero si muere, da mucho fruto.

Juan XII, 24-25.

Alma mía, ¿por qué estás triste...?, ¿por qué te me turbas...? Sí, marcharé entre la multitud de los justos y entraré con ellos en la casa de Dios, entre gritos de júbilo y cánticos de alabanza, entre la multitud de las vírgenes transportada de alegría...

Reverso:

Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos y se las has revelado a los pequeños.

Lucas X, 21.

Dichosos los que sufren persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos los corazones puros, porque ellos verán a Dios...

Mateo, c. V.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados...

He combatido bien mi combate, he concluido mi carrera.
Ahora sólo me queda recibir la corona de justicia...

San Pablo

Dichosos vosotros cuando os maldigan, os persigan y os calumnien de cualquier forma... Entonces estad contentos y saltad de alegría porque os está preparada una gran recompensa en el cielo.

Mateo V, 11-12.

Est 3 La adoración de los pastores (segundo semestre de 1896)

Sobre un soporte de cartón, reproducción en medallón de la «Navidad» de Müller. Las citas son las siguientes: Lc 2,14; Mt 12,46-50; Jn 17,24-26.3.10.23.

Gloria a Dios en el cielo
y paz en la tierra a las almas de buena voluntad...

El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.

Padre, el mundo no te ha conocido, pero yo he dado a conocer tu nombre a los que me has dado, y ellos han conocido que tú me has enviado... Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, a ti y a Jesucristo a quien tú has enviado... En ellos he sido glorificado... Yo estoy en ellos y tú estás en mí, porque tú los has amado como me has amado a mí...

San Juan XVII, 25-3-23

Est 4 La Sagrada Familia (verano de 1896)

La misma presentación que la de la estampa anterior. En el centro, «La Sagrada Familia» de Müller. A Teresa le gustaba este cuadro (cf. CA 10.9.2). La dimensión misionera del grupo está bien caracterizada. Cf. Cta 264 y CG, p. 1281.

La segunda cita del anverso: PN 24, estr. 15 y 17 con variantes; luego, Mt 9,37-38; Jn 4,35-37; Lc 12,49.

Anverso:

Levantad los ojos y ved cómo los campos están ya lo suficientemente blancos para que los sieguen...

San Juan IV, 35

Para que tu cosecha recoger pronto puedas
yo me inmolo y lo pido, mi Dios, cada jornada.

Mis goces y dolores
son por tus segadores...
¡Oh, mi Dios, yo deseo
llevar lejos tu fuego!

La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies...

Uno siembra y otro siega, y se alegran lo mismo sembrador y segador...

He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué deseo sino que arda...?

Mt 9 – Juan IV – Lc XII,49.

Reverso: (Fórmulas conclusivas de las oraciones del Oficio divino, en latín.)

Est 5 y 6 – «Recuerdo del breve destierro» (agosto-septiembre de 1896)

Soporte de cartón con tres citratos ovalados, en el anverso, que representan a los hermanitos y hermanitas de Teresa muertos en temprana edad. Debajo, simbolizando a la primera «Teresita», de la que no existe ninguna foto, una delicada miniatura: una paloma que levanta el vuelo desde la tierra y se eleva hacia unos rayos dorados (cf. DLTH, p. 227). La estampa 6 es parecida a la estampa 7, con muy pocas variantes; Teresa la guardó para sí, y la madre Inés se quedó con ella tras la muerte de su hermana.

Las citas bíblicas, al dorso, son las siguientes: Mc 10,14; Mt 18,10; Mt 18,4; Mc 10,16; Rm 4,6.4 y 3,24; Is 40,11; Ap 14,2-5.

Anverso:

Recuerdo del breve destierro de nuestros queridos angelitos y de su nacimiento para el cielo:

María Elena, 13 oct. 1864-22 febr. 1870

José María Luis, 20 sept. 1866-14 febr. 1867

José María Juan Bautista, 19 dic. 1867-25 agosto 1868

María Melania Teresa, 16 agosto 1870-8 oct. 1870.

Reverso:

Dejad que los niños se acerquen a mí, de ellos es el reino de los cielos... Sus ángeles están viendo constantemente el rostro de mi Padre celestial... El que se haga pequeño como un niño, ése es el más grande en el reino de los cielos.

... Jesús abrazaba a los niños después de bendecirlos.

Evangelio.

Dichosos aquellos a quienes Dios considera justos sin las obras, pues para los que hacen obras la recompensa no se les considera como una gracia sino como algo debido... Y los que no hacen obras son justificados gratuitamente por la gracia, en virtud de la redención cuyo autor es Cristo Jesús.

Cta. de san Pablo a los Romanos.

El Señor llevará a los pastos a su rebaño. Reunirá a los corde-
ritos y los tomará en brazos.

Isaías, c. LX

Oí una voz que venía del cielo, y esa voz imitaba el sonido de arpas tocadas por arpistas. Cantaban como un cántico nuevo ante el trono de Dios, y nadie podía decir ese cántico excepto las vírgenes. Éstos siguen al Cordero adondequiera que vaya... Han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. De sus labios no han salido mentiras, y por eso se encuentran sin mancha ante el trono de Dios.

Apoc. c. XIV

Est 7 – La Navidad (agosto de 1896 - marzo de 1897)

En un soporte de cartón, citrato pegado de «La Navidad» o «Adoración de los pastores», pintado por Celina en 1882; ésta escribió a lápiz al margen: «Estampa que perteneció a sor María de la Eucaristía: los textos son de Sta. Teresa del Niño Jesús».

Referencias de las citas: Lc 2,14; san Bernardo, cf. Cta 162; Pr 9,4; Mt 18,4; Is 40,11; Is 66,13.12; Sal 102,13.12.8; Mt 12,50; Jn 17,24.23. Varios de esos textos se encuentran en el Ms B 1rº/

vº. *El reverso está reproducido en facsímil en CSG, p. 38, y en DLTH, p. 226.*

Anverso:

Gloria a Dios en lo alto del cielo y en la tierra paz a las almas de buena voluntad...

Jesús, ¿quién te ha hecho tan pequeño? El amor.

Reverso:

El que sea pequeñito, que venga a mí... (Prov.)

El que se haga pequeño como un niño, será el más grande en el reino del cielo... (Ev.)

El Señor reunirá a los corderitos y los tomará en brazos.

Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo. Os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os acariciaré. (Isaías)

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor compasión por nosotros. Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros los delitos de que somos culpables. El Señor es compasivo y lleno de ternura, lento para castigar y rico en misericordia. (Sal CII)

El que cumple la voluntad de mi Padre, ése es mi hermana y mi hermano y mi madre. (Ev.)

Padre, a los que me diste tú los has amado como me has amado a mí. (Ev.)

Est 8 Ecce Homo – Virgen de los Dolores

(¿comienzos de 1897?)

En el anverso, litografía del Ecce Homo de Guido Reni, ovalada. A Teresa le gustaba esta reproducción; la pegará, muy reducida, en la parte inferior de la estampa de Teófanos Vénard que tenía prendida en la cortina de su lecho en la enfermería (UC, pp. 447s). En el anverso, citrato de una Mater Dolorosa de Carlo Dolci, ovalada (cf. DLTH, p. 226). Teresa pegará también una reducción de esta imagen en la estampa de Teófanos. Este montaje estaba destinado a sor Genoveva. La última cita está sacada de Lm 1,12.

Anverso:

Pronto veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios Todopoderoso y que viene sobre las nubes del cielo...

San Marcos, c. XIV. v. 61.62

Reverso:

Ecce Mater tua.

San Juan, c. XIX, v. 27

Mirad y ved si hay dolor como mi dolor...

Est 9 – El Niño Jesús («de Mesina» – 1897)

En un cartón está pegado un citrato que representa al Niño Jesús de Ittenbach, que sor María de la Trinidad había traído del Carmelo de la avenida de Mesina (cf. UC, p. 414). En el anverso, imagen de «Totó y Lili» (Teresa y Celina: dos niños protegidos por un ángel), de los que habla sor Genoveva (UC, pp. 526 y 546). Teresa será fotografiada con este Niño Jesús el 7 de junio de 1897 (VTL, n° 41, 42, 43; DLTH, pp. 289 y 291). La conservará a su lado en la enfermería (UC, pp. 251 y 395).

La primera frase está sacada de la leyenda áurea de santa Teresa de Jesús, que estaba escrita en una estampa que Teresa tenía en su breviario. Un niño viene hacia la Madre y le pregunta: «¿Cómo te llamas? –Me llamo Teresa de Jesús. –Pues yo soy Jesús de Teresa, replico el niño» (cf. Or 13 a 16).

La segunda cita es de Pr 9,4; cf. Est 7 y Ms C 3r°.

Yo soy Jesús de Teresa...

El que sea pequeñito, que venga a mí. Prov.

2. MEMORIA SOBRE LA MADRE GENOVEVA DE SANTA TERESA

Estas páginas, inéditas, de la pluma de Teresa, fueron escritas en base a recuerdos de la niñez que la madre Genoveva de santa Teresa confió a la joven carmelita. Ya sabemos la amistad que las unía (cf. Ms A 78r°/v°). La fundadora del Carmelo de Liesieux estaba considerada como un «santa» (Ms A 69v°).

Es probable que Teresa haya escrito estos recuerdos a petición de sor Inés de Jesús, tras la publicación (marzo de 1892) de la circular necrológica de la antigua priora. La tinta morada, el papel de clase y la letra son idénticas a las de la Cta 134 del 26 de abril de 1892. De hecho, la memoria de Teresa no se utilizará para la nueva edición de la circular en junio de 1896.

Antes de entrar en el carmelo de Poitiers, la madre Genoveva se llamaba Clara Bertrand. Murió el 5 de diciembre de 1891, y Teresa soñó que le legaba su corazón (Ms A 79r°).

Confidencias de la madre Genoveva. Relato. (después del 8 de septiembre de 1890)

J.M.J.T.

«Pues bien, hija mía, voy a confiarte un pequeño secreto. Un día, estando yo en mi celdita, había hecho una novena a nuestro bienaventurado Padre san Juan de la Cruz. Y oí una voz que, entre grandísimos consuelos, me dijo estas palabras: "Ser la esposa de todo un Dios", y la voz se detuvo como para hacerme saborear mejor la dulzura de esas palabras... Y luego la voz prosiguió: "¡Qué título...!", y la voz se detuvo de nuevo, y continuó: "¡Qué privilegio!". Yo no sé, hijita, dónde estaba, pero ciertamente saboreé las alegrías del éxtasis, y cuando todo hubo pasado me encontré toda bañada en lágrimas, pero eran lágrimas muy dulces...

»De esto hace ya mucho tiempo; yo tenía entonces tu edad, diecisiete o dieciocho años. Pero me quedó tan fuertemente grabado este recuerdo, que cuando en las tomas de velo oía cantar el *Amo Christum*, creía, hijita, que el corazón se me iba a salir del pecho... ¡Comprendía la gracia de nuestra vocación...!

»Cuando yo era pequeña –tenía entonces unos tres años–, Don de Beaugard venía a menudo a la comunidad donde yo estaba con tres o cuatro niñas de mi edad, pero siempre se dirigía a mí: "Bertrand, pecadorzuela, sube a mi habitación...". Y más tarde, en el momento de partir, me dijo que le parecía que desde ese mismo momento Dios había posado su mano sobre mi cabeza... Y no se equivocó... Reza por mí cuando me encuentre ante el que juzgará toda justicia...

»Hijita, tú puedes decir que Dios ha hecho milagros contigo al llevarte como de la mano... ¡Y tu padre, que estaba allí, en tu

[vº] toma de hábito...! Pero si ahora Dios lo prueba con el sufrimiento, es porque le tiene reservado un lugar muy hermoso en el cielo».

**Memoria sobre la madre Genoveva. Relato.
(primavera de 1892)**

J.M.J.T.

[1rº]

Siendo todavía muy pequeña, en esa edad en que los otros niños aún no pueden sostenerse entre los brazos de su madre, la madre Genoveva ya se mantenía bien erguida: a su padre le gustaba sentarla *en su mano*, y ella, en vez de tener miedo a caerse, aguantaba así sin menearse y miraba orgullosa a las personas que había a su alrededor. Y cuando el Sr. Bertrand la dejaba en el suelo, no dejaba de repetir: «¡Otra vez, otra vez!».

En la casa donde vivía había varios inquilinos, entre otros la Sra. de Messemay y otras señoras nobles; había también un joven llamado Amable. Los modales encantadores de la niña y su talento precoz hacían que todos en la casa la buscasen. Amable había pegado detrás de un puerta un gran alfabeto para enseñar a leer a la pequeña Clara, a la que le gustaba mucho este ejercicio; pero en cuanto el bueno de Amable, al terminar la lección, la posaba en el suelo, la niña se escapaba corriendo. Le preguntaban por qué, y ella respondía: «Yo no quiero a Amable, porque me hace muecas». En efecto, Amable, para hacerla reír, se divertía haciéndole muecas que no le gustaban lo más mínimo a la niña. Sin embargo, gracias a ese alfabeto, a los dieciocho meses sabía todas las letras, y poco después, cuando un señor le preguntó si sabía leer, respondió: «Sí, señor, sé leer muy bien; sólo el latín no sé leerlo todavía de corrido» (No estoy segura si era el latín o escribir cartas).

[1vº] «Había en la casa un señor que sabía varias lenguas. Imagínate lo bonito e interesante que me parecía eso. Así que iba a menudo a su encuentro y le decía: "Señor, ¿tendría la bondad de decirme en inglés cómo tengo que pedir la merienda a mamá?". Y en cuanto me lo decía, bajaba las escaleras de cuatro en cuatro y me iba adonde mi mamá para chapurrearle lo que había aprendido. "¿Pero qué es lo que me estás diciendo?, me decía ella extrañada. ¿Quieres dejarme en paz?". "Mamá, te estoy pidiendo la merienda en inglés...". Luego volvía a subir corriendo

la escalera. "Señor, ¿querría decirme lo mismo en español?". Y volvía a bajar más rápidamente, recitando mi lección, y cuando llegaba junto a mi mamá se la decía toda orgullosa; y como no me entendía, me apresuraba a decirle: "Pero, mamá, te estoy hablando en español". Y hacía lo mismo con las otras lenguas, pidiéndole a aquel señor que me dijese tal o cual cosa en la lengua en que lo quería saber.

»Un día que mi mamá estaba enferma, vino a visitarla D. Beauregard. Yo estaba sola abajo para recibirle. "Pequeña, me dijo, ¿puedo ver a tu madre?". Yo, muy orgullosa de recibirlo, le respondí que sí y que yo lo acompañaría si tenía la amabilidad de subir. Pero yo, pobrecita de mí, no sabía que mi madre estuviese tan enferma, pues el médico había prescrito que le pusiesen sanguijuelas, y precisamente se las estaban poniendo mientras yo subía la escalera *de cháchara con D. de B.* Cuando llegué a la puerta, la abrí toda decidida; entonces mi padre se volvió para ver quien había allí. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver a D. de B.! Yo me quedé muy asustada al ver a mi madre acostada con todo aquel *collar* de sanguijuelas [2r°] que le ponían alrededor del cuello. D. de B. dijo a mi madre: "Señora Bertrand, ya veo que hoy no está para visitas, volveré otro día". Entonces mi padre se deshizo en excusas, pidiendo perdón por su hija. (Ésta tendría en aquellas fechas a lo sumo unos tres años). Luego acompañé al Señor Cura a la puerta, pero ahora toda *avergonzada* y sin saber qué decirle. Entonces lo sentí mucho, pero ahora, cuando recuerdo esta escena, no puedo por menos de reírme, pues la verdad es que fue cómico».

Un día que estaba en casa de su maestra, quiso mirar por una ventana alta. Como era muy pequeña para llegar, se izó como pudo subiéndose a algo. Pero no sabía que en el alfeizar de la ventana, por la parte de afuera, estaba la gata de la maestra, durmiendo al sol sobre una almohada. Así que, al subirse, la tiró y la gata cayó allá lejos con su cama. No se hizo ningún daño, pero algunas compañeras malintencionadas, felices de tener algo que contar a la maestra, corrieron a buscar la gata y le dijeron a la maestra que Clarita le había roto una pata tirándola *adrede* por la ventana. Entonces la maestra le impuso a la pobre niña el castigo más severo que se estilaba en el internado y que consistía en cubrirse la cabeza con un gorro penitencial. La actuación de las compañeras de la madre Genoveva fue tanto más ruin cuanto que, al ser mucho mayores que ella, estaban seguras de que la castigarían más fácilmente. La madre Genoveva soportó este

castigo con una [2vº] paciencia de ángel; no dijo nada para excusarse; únicamente, me dijo, «tenía mi corazoncito destrozado, pero no dije nada en absoluto».

La víspera del nacimiento de su hermano pequeño, la madre Genoveva, que entonces tenía nueve años, estaba con su hermano Julio en una habitación que se hallaba en un edificio separado de aquel en el que estaba la habitación de sus padres. La madre Genoveva, que iba a ser la madrina, no paraba de hablar con su hermano de sus proyectos de futuro para su ahijada, pues estaba segura de que sería una hermanita. «Julio, decía, la llamaré Joée...». Y añadía a este nombre muchos otros que eran sus preferidos. Pero en mitad de la noche, impaciente por ver si tenía ya una hermanita, se levantó, se puso tan sólo su faldita y se encaminó hacia la habitación de su madre. Iba muy despacito caminando de puntillas, pero al llegar al final de su viaje tuvo una gran decepción, pues su padre, al oír un ligero ruido, salió de su habitación y, al ver a su hijita a esas horas de la noche vagando por la enorme casa, tan ligeramente vestida y con riesgo de coger una enfermedad, la riñó por ser curiosa y le dijo que, como penitencia, no sabría hasta el día siguiente si Dios le había regalado o no una hermanita.

«Al día siguiente por la mañana, dice la madre Genoveva, mientras yo desayunaba con mi hermano, vi entrar a mi padre que, poniéndose junto a Julio, se quitó majestuosamente el sombrero y le dijo saludándolo: “Julio, te anuncio que tienes un hermanito”. Puedes imaginarte mi decepción... Julio estaba radiante y me decía con ironía: “Lo llamaré Joë, lo llamaré así, lo llamaré asá...”. Y decía todos los preciosos nombres que la madrinita había decidido poner a su ahijada.

Sin embargo, el día del bautizo [3rº] estuvo contenta, pues tuvo un compañero, que se llamaba Armando, que le regaló un hermoso par de guantes y unas deliciosas almendras garrañadas.

»Cuando llegamos a la iglesia, el sacerdote que celebraba el bautismo, tras las ceremonias de costumbre, preguntó: “¿Qué nombre queréis dar al niño? –Armando, me apresuré yo a responder. –No existe ningún san Armando, respondió el sacerdote, escoged otro nombre. –Se llamará Augusto, dijo mi padre. –¿Por qué, me dijo por lo bajo mi compañerito, por qué no dijiste Bonifacio? Yo me llamo también así. –Bueno, no podía adivinar que te llamasen Bonifacio, tenías que habérmelo dicho antes”. Ya había sufrido muchas decepciones, pero todavía no había llegado al

final: cuando llegamos a la sacristía, nos dijeron que firmásemos. Armando firmó, pero cuando me llegó el turno a mí, como no sabía hacerlo, dije sin desconcertarme lo más mínimo: "Armando, firma por mí". Pero, ¡ay, dolor!, el sacerdote se dio cuenta y me dijo: "¿Cómo? ¿Una madrina que no sabe firmar...?" Imagínate mi confusión...

»Perdí de vista a mi compañero, pero dos años después me mandaron a llevar un recado a casa de sus padres; nos saludamos muy educadamente, pero cuando terminé la visita, estando ya en la puerta del jardín, su madre, que era de una cortesía exagerada, lo riñó mucho diciéndole: "¡Maleducado!, ¿cómo dejas que esta señorita se vaya sola, sin acompañarla hasta la puerta?". Armando corrió enseguida detrás de mí, *lagrimeando*: "—Perdón, señorita, discúlpeme. —Pero, Señor, no hay de qué, usted no me ha ofendido"».

Tras muchas ceremonias, reverencias y cortesías, la ilustre señorita de once años se separó, riéndose con todas las ganas, de su antiguo compañero convertido ahora en un señor tan cortés y bien educado.

[3vº] Detrás de la casa había un espacio cubierto, donde se podía caminar. El techo daba a la casa de un vecino que tenía unas magníficas acacias cuando estaban en flor. La madre Genoveva se divertía mucho con su primita y sus hermanos, pasando a través de una buhardilla para ir a cortar hermosos ramos de flores y luego hacer una solemne procesión por el tejado. Pero la cosa no le gustaba al Sr. Bertrand, que decía que los niños le rompían las pizarras; y así, en cuanto oían el menor ruido, se apresuraban a volver a entrar a toda prisa por la ventana.

El Sr. Bertrand tenía un certificado que lo autorizaba a llevar una condecoración. La madre Genoveva pensó que también ella debería llevar una; así que compró una de plomo y se la llevó a la Sra. de Messemay; esta señora, que la quería mucho, le puso una preciosa cinta blanca para que la sujetase a su vestidito. Un señor, al verla así, le dijo: «Pero, criatura, ¿tienes autorización para llevar esa condecoración? No puede llevarse sin permiso». Se lo decía en bromas, pero la madre Genoveva contestó con cómica gravedad: «Señor, papá la tiene».

Al lado de la casa había un muchachito que vendía flores de lis pintadas en pedazos de tela. La madre Genoveva le compró uno y después de recortar la flor, la pegó en un banderín blanco y se lo regaló a su hermanito; a los demás niños les parecía tan bonito, que querían comprárselo, pero ella no se lo quiso vender.

Un día en que el pequeño Augusto estaba sentado en [4rº] un mueble de una sala de la planta baja, y se había quedado la puerta abierta, pasaron unos locos, y, al ver a aquel niño que tenía en la mano su banderita blanca, le dieron con la hoja de su sable en las piernecitas, con peligro de rompérselas, y todo por odio a la flor de lis. El Sr. Bertrand cogió a su hijo, que por suerte no tenía más que algunas magulladuras, y se fue al ayuntamiento a enseñar las piernas del niño y pedir justicia.

Habiéndose ido la señora de Messemay para otra ciudad, la madre Genoveva y su prima se imaginaron que en el gran armario donde antes guardaba sus hermosos vestidos igual podían encontrar alguna cosa, que hubiese dejado allí, para sus muñecas... Como la madre Genoveva era la más pequeña, se encargó de hacer la exploración; así que subió de estante en estante, pero no encontró ni perlas, ni cintas, ni el menor trocito de seda o de bordado. Totalmente decepcionada, bajó del gran armario. Seguramente sin darse cuenta, dio un empujón al mueble; el caso es que en cuanto la niña puso pie en tierra, apenas hubo dado un paso hacia un lado cuando el gigantesco armario cayó y se rompió con gran estrépito. La señora de Bertrand llegó toda asustada, pensando encontrar aplastada a una de las niñas, pero su hija no tenía nada, ni siquiera un solo rasguño.

La madre Genoveva no podía por menos de decir que, sin una ayuda de índole extraordinaria, el armario tenía que haber caído sobre ella y matarla.

La madre Genoveva tenía un cuervo que se llamaba Santiaguito. Lo dejaba en libertad, y cuando quería hacerlo volver, se ponía a la ventana y lo llamaba: «Santiaguito, Santiaguito», y el pájaro se apresuraba a volver de inmediato.

«Me gustan mucho [4vº] los cuervos, me dijo la madre Genoveva. En la vida de los santos se habla de ellos muchas veces: uno de ellos era el encargado de alimentar a san Pablo, el primer ermitaño, y Dios se sirvió con frecuencia de estos pájaros para hacer prodigios. Así que yo quería mucho a mi Santiaguito. A mi madre no le gustaba tanto, y, cuando el cuervo iba a su habitación, ella se apresuraba a ahuyentarlo; pero mi amigo veía venir el golpe: con gran elegancia, volaba sobre la cama o sobre la mesa donde mi madre había dejado la labor de punto y le tiraba todas las agujas, y luego se marchaba graznando con aire burlón sin haber recibido un solo golpe.

»Vivíamos por aquel entonces en una casa alejada de la ciudad; por eso, para hacer venir al cristalero, esperábamos a que

hubiese varios cristales rotos, y, en su lugar, pegábamos papel. Una mañana, encontramos en el comedor, en el que todavía no se había recogido la mesa, todos los vasos volcados. Nuestra sorpresa fue grande, pero no duró mucho, pues no tardamos en comprender que había sido obra de nuestro Santiaguito. En efecto, por la noche habíamos oído ruido: era mi pájaro que había perforado valientemente los cristales de papel para entrar en la sala y luego, sobrevolando con destreza por encima de la mesa, con su patita, había volcado suavemente un vaso, de manera que el vino que quedaba le cayera en el pico, que él había tenido cuidado de poner debajo de la mesa; la misma ceremonia había tenido lugar con todos los demás vasos [5r°], de los que ni uno solo se rompió.

»Pero si a Santiaguito le gustaba mucho el vino, no le gustaba menos la carne. Un día, dos monjas estaban a punto de sentarse a la mesa en una de las habitaciones de la planta baja. Las estaba esperando un buen asado; pero mi Santiaguito lo divisó y, saltándole encima, se lo llevó, dejando boquiabiertas a las pobres religiosas. En esta ocasión, por más que lo llamé, no me respondió hasta que no quedaba nada de su asado, que se comió cómodamente instalado en lo alto de un tejado vecino.

»Era también muy piadoso e iba a la iglesia en compañía de las monjas, se ponía en su reclinatorio y danzaba haciendo exactamente los mismos movimientos que ellas, (cantando): "cua-cua-cua, cua-cua" en el mismo tono en el que las hermanas decían sus rezos. Santiaguito tuvo un final digno de él, pues murió en la pila de agua bendita de la iglesia».

Don de B(eauregard), además de reprocharle sus rizos, también la reprochó por llevar collares.

«Yo llevaba por entonces unos collaritos, como era la moda. Eran, con todo, muy sencillos, pero, no sé por qué, a D. de B. no le gustaron y me dijo que no los volviera a llevar. Esta vez tuve que hacer un sacrificio, (pues), cuando se lo dije a mi madre, ésta me respondió: "Hija, tienes que obedecer a tu confesor". Desde entonces no usé más los collaritos, que, sin embargo, eran muy monos. Tenía también un chal rojo que le desagradaba mucho; sin embargo, yo no sentía vanidad al llevarlo, pues [5v°] no era más que un chal indio que yo había dado a la hija de un granjero para que me lo terminara.

»En la iglesia, mi madre y yo nos colocábamos cerca del banco de los sacerdotes frente al púlpito. Había también frente a nosotras dos personas de mala catadura, a las que yo no prestaba

la más mínima atención. No ocurría lo mismo con ellas, pues, sin que yo me diera cuenta, se pasaban todo el tiempo de la misa observándome y tratando de hacerme reír haciendo muecas.

»En el banco de los sacerdotes había un joven clérigo que se llamaba Don Duchesne. Yo sólo lo conocía de vista y nunca había hablado con él. Un día, lo encontré en la calle donde vivían las dos personas de que te he hablado; yo estaba en una acera y él en la otra. Lo saludé, como tenía por costumbre hacer con todos los sacerdotes, y seguí mi camino; pero apenas había dado unos pasos, cuando unas personas conocidas salieron de su casa pidiéndome que entrase. "Señorita Bertrand, me dijeron, ¿no sabe lo que se dice de usted? Pues mire allí enfrente". Yo miré, y vi en la casa que me indicaban a mis dos vecinas de la iglesia que se reían, que hablaban fuerte y que hacían grandes demostraciones de alegría. Yo no entendía nada de todo aquello, pero las personas que me invitaron a entrar en su casa me lo explicaron: "Señorita, nos sentimos en la obligación de informarla de [6r°] la calumnia que le han levantado: esas personas que está viendo reírse la llaman a usted por todas partes señorita Duchesne, dicen que en misa usted le dirige sonrisitas al joven sacerdote que está delante de usted, y van a la iglesia sólo para espiarla".

»Yo contuve la emoción y les agradecí la advertencia; pero, cuando llegué a casa, me arrojé, deshecha en lágrimas, en brazos de mi madre. Cuando supo el motivo de mis lágrimas, se quedó tan atónita como yo ante esa negra calumnia que nada podía justificar, ya que las personas que la habían inventado nunca habían tenido relación alguna con nosotros. Inmediatamente salí con mi madre y nos fuimos directamente a su casa; su sorpresa fue grande al vernos entrar. "Señoras, les dijo mi madre, he venido a preguntarles qué daño les ha hecho mi hija para que se atrevan a atacar de esa manera su reputación...". Nuestras interlocutoras se quedaron sin decir palabra, y yo proseguí: "Ustedes, señoras, dicen que yo le dirijo sonrisitas a un joven sacerdote que se encuentra frente a mí en la iglesia; para lograrlo, ustedes no saben ya qué muecas inventar; yo no recuerdo haber sonreído nunca, pero sepan que, si me ha sucedido alguna vez, sólo han sido sonrisas de compasión". Después de esta visita, no he vuelto a oír hablar de esas personas, ni siquiera las he vuelto a ver».

[6v°, en blanco]

[7r°]

J.M.J.T.

«A mi hermano pequeño le gustaban mucho las *alcachofas crudas*, pero yo no se las daba nunca, por miedo a que le hiciesen daño. Un día, escondió una en el bolsillo y fue a darse un banquete él solo lejos de la casa. Cuando volvió, le noté, por sus dientecitos negros, que había comido del fruto prohibido: "Augusto, ¡has vuelto a comer alcachofas!". Su sorpresa fue grande. "Pero, querida Clarita, ¿quién ha podido decírtelo? ¡Es increíble...! ¡Me había escondido tan bien...! ¿Es que lo sabes todo...?".

»Otra vez, al volver del internado, me dijo: "¡Si supieras, querida Clarita, cómo nos gustan las fiestas del Santísimo Sacramento! Imagínate que todo a lo largo de los caminos del jardín hay unas estupendas plantas de fresas. Cuando suena la campanilla, inmediatamente nos prosternamos todos con tal diligencia, que nuestro superior se queda encantado; pero tú, querida Clarita, ya estás pensando, ¡y piensas bien!, que no perdemos el tiempo: nos comemos todas las fresas que nos caen al alcance de los dientes".

»Me gustaba mucho oír cantar a las carmelitas. A menudo asistía allí el domingo a vísperas con mi hermanito. Él se portaba bien y se mantenía muy recogido, aunque con frecuencia el oficio le parecía un poco largo. Y cuando el coro hacía una pausa –por ejemplo, para decir el *Pater noster*–, enseguida Augusto me tiraba del vestido diciéndome por lo bajo: "Se acabó, vámonos ya, Clarita". Pero pronto el canto volvía a comenzar, y mi pobre hermanito se veía obligado a volver a la oración, esperando una nueva pausa que le permitiese renovar su deseo de salir. Sin embargo, yo no abandonaba la capilla hasta que las vísperas habían terminado del todo.

»Tras la muerte de mi madre, yo iba [7v°] con frecuencia a visitar a mi prima Teresa; sentía que su piedad y su experiencia podían serme muy provechosas. Pero a mi hermanito sus conversaciones le parecían muy serias: se movía, daba vueltas a mi alrededor, me tiraba del vestido y luego, acercándose, me decía muy bajito: "Vámonos ya, Clarita, que no estoy a gusto más que contigo"¹. Entonces mi prima me decía: "–¿Pero qué le pasa a tu hermanito? ¡Está muy inquieto! ¿Quiere algo? –No, no, prima, no es nada, va a estarse muy tranquilo". Y luego hacía una seña a Augusto, que, al ver que no tenía nada que esperar, seguía aguardándome pacientemente. ¡Pero qué alegría la suya cuando

¹ Cf. CA 20.8.9 y UC, p. 292.

salíamos! “Venga, Clarita, cuéntame un cuento, me gusta tanto escucharte...”».

Cuando nombraron obispo a Don de Beauregard, tenía que escoger otro confesor. El capellán del carmelo, Don de Roche-monteix, atrajo inmediatamente sus miradas; pero era joven, y la madre Genoveva, que ya sentía vocación, se decía:

«No tengo que elegirlo para confesor, pues mi prima Teresa diría: “Fíjate, todos esos sacerdotes jóvenes no valen más que para entusiasmar a las chicas y enviarlas a un convento”. Mi prima tenía de confesor a un viejo canónigo de la catedral; sin embargo, fui a verla y le dije: –“Querida prima, quiero pedirte un favor: que me escojas un confesor. –No, no, elige el que tú quieras, ya eres lo bastante mayor, y además libre. –Querida prima, tomaré el que tú me indiques...”». Estaba segura de que mi prima me orientaría hacia algún viejo canónigo de la catedral. Sin embargo, como no hacía nada sin antes aconsejarse, oyó [8rº] hablar del capellán de las carmelitas como de un joven santo, y cuál no sería mi sorpresa cuando me anunció que su elección había recaído sobre el Sr. de Roche(monteix)... Yo disimulé mi alegría y simplemente le di las gracias. Ahora, pensé, ya no podrá hacerme ningún reproche cuando sepa lo de mi vocación».

(Creo que a quien fue a pedir consejo mi anciana prima fue a la Madre du Lys).

La madre Genoveva fue por primera vez al carmelo a la edad de diecisiete años. Yo no sé si fue para hablar de su vocación, pero ciertamente no fue para pedir entrar; creo que fue para agradecerle su ayuda a la Madre du Lys. Vio a varias Madres, creo que fue en el torno y no en el locutorio. Una de ellas le dijo: «–Señorita, ¿cuántos años tiene? –¡Ay, señora!, soy ya muy vieja, tengo diecisiete años».

La madre Genoveva debía de tener alrededor de veinte años cuando se decidió su entrada. Las cosas ocurrieron como se cuenta en su Circular. En el locutorio no dejó ver en lo más mínimo su emoción, pero cuando volvió a su habitación derramó un torrente de lágrimas.

[8vº, en blanco]

[9rº] «Cuando iba al castañar con mi padre, me gustaba enseñar el catecismo a los niños de la aldea. Comencé con unos pocos, pero pronto corrieron la voz entre ellos: “¡Sabes?, la señorita del castañar enseña el catecismo, ¿vamos también nosotros?”. Así que pronto tuve a mi alrededor toda una pequeña

muchedumbre. Me acuerdo especialmente que, un día, vinieron a verme dos niñas y me dijeron: “–Señ’ita, ¿quieres enseñarnos el catecismo? –¿Cómo no, hijitas? ¿Cómo os llamáis?”. La menor, que era la más graciosa, se apresuró a contestar: “Yo me llamo Margarita, Señ’ita, pero me llaman Gothon; usted llámeme como quiera, me da lo mismo. –Pues bien, chiquilla, te llamaré Margarita. ¿Y tú cómo te llamas?”, le dije a la mayor, que era feúcha pero parecía muy buena y cariñosa. “–Yo, Señ’ita, a mí me llaman Madeluche”. Margarita volvió a tomar enseguida la palabra: “¿Sabe, Señ’ita? Vengo de casa del maestro, pero allí no hacen vida de mí, y me gano buenos coscorriones, pero eso no me hace mejorar y no hago absolutamente nada. Es verdad, Señ’ita, que soy más holgazana que una rata; pero creo que con usted sí que voy a aprender, porque no soy tonta y tengo muchas ganas de hacer la primera comunión”.

»Animé a mis dos nuevas alumnas y pronto comprobé que eran muy inteligentes; pero todo lo que Madeluche tenía de cariñosa y de dócil, lo tenía Margarita de vivaracha y de nerviosa. Durante la catequesis, yo iba a esconderme detrás de una columna de la iglesia, y cuando volvía, preguntaba a las niñas: “Vamos a ver, Margarita, dime lo que dijo esta mañana el Señor Cura”. Margarita se levantaba, [9v°] cogía un ángulo del delantal y lo enrollaba entre los dedos: “–E..., sí lo sé, Señ’ita. El Señor Cura ha dicho, e..., ha dicho..., sí, lo sé..., lo tengo casi en la punta de la lengua... Ha dicho..., ha dicho...”. Y la pobre criatura se quedaba ahí. Entonces yo decía a Madeluche: “–Vamos a ver, ¿podrás decirnos tú algo? –Creo que sí, Señ’ita”, y tímidamente, ante el asombro de sus compañeras, iba repitiendo todo lo que había dicho el Señor Cura...

»Un día, al volver de un sermón, me encontré a Margarita excitadísima: “¿Sabe, señ’ita, que el Señor Cura ha dicho que todas las que vayan a la manifestación que va a haber, y (*¿ella misma?*) no haré este año la primera comunión? Estoy muy *enfadada*, pues me había hecho tantas ilusiones... –¿Y tú?, le dije a Madeluche, ¿sientes tú no ir a la manifestación? –No, Señ’ita, a mí me da igual. –Sí, replicó Margarita, yo te conozco bien, ¿qué crees?, hazte la santa todo lo que quieras, yo te digo que estoy *enfadada* por no poder ir a la manifestación”. Otra vez, Margarita me dijo: “Si supiera, Señ’ita, qué preciosa voy a estar el día de mi primera comunión... Mi mamá me ha comprado un hermoso *vestido* blanco y una hermosa cofia, todo muy bonito”. Pregunté

a Madeluche cómo iría vestida ella: “No lo sé, Señ’ita, no me preocupo lo más mínimo, mi mamá me pondrá como ella quiera”.

»Sin embargo, y a pesar de este sorprendente contraste, Margarita hacía progresos reales. Se acercaba el gran día, pero, ¡ay!, la pobre niña cayó enferma. Yo me apresuré a ir a verla, y en cuanto su madre me vio a lo lejos, corrió a mi encuentro... “¡Ay!, Señ’ita, ¿cómo se lo voy a agradecer? Mi hija está irreconocible: ella, que antes no quería hacer nada, ahora busca la ocasión de ser servicial; ya no es la misma; yo no sé [10r°] como lo ha hecho usted”.

»Afortunadamente, mi enfermita se puso pronto buena, y el día de su primera comunión llamó la atención de todo el mundo por su piedad y su elegancia. No ocurrió lo mismo con mi pobre Madeluche: “¿La has visto?, decían. Está fea y tiene un aire tonto con su boca abierta...”. ¡Ay!, me decía yo por dentro al oír hablar así, si su rostro no es bonito, su alma es muy hermosa y agradable a Dios.

»Más tarde, estando ya en el Carmelo, vinieron a decirme que Margarita me esperaba en el locutorio. Seguía siendo buena y atenta y se hacía querer por todos los que la rodeaban. “Se acuerda de Madeluche, ¿no?, me dijo. Pues sigue igual que cuando usted la conoció. Se ha casado, tiene hijos y es un ejemplo para todo el pueblo”. Si hubiese querido, Margarita habría venido a verme muchas veces más; pero no hice nada por comprometerla a ello, pues quería ir lo menos posible al locutorio.

»Otra vez, dos niños vinieron juntos a verme. “—Señ’ita, ¿quieres enseñarnos a leer? —Sí, chiquitos, ¿cuántos años tenéis? —Yo, dijo el mayor, tengo seis años y me llamo Pedro; mi hermano tiene cinco y se llama Juan”. Me puse a explicarles la religión y, entre otras cosas, les recomendé que no dijeran nunca blasfemias, diciéndoles que eso era muy feo y que desagradaba mucho a Dios. Al día siguiente, Pedro entró en mi casa muy enfadado con su hermanito: [10v°] “¿Sabe, Señ’ita?, usted nos dijo que no dijéramos blasfemias, y Juan acaba de decir una. —¿Cómo has hecho algo tan feo, Juanito? —Señ’ita, ¿no tenía motivos para hacerlo? ¡Pedro cogió polvo del camino y me lo echó en la boca...! —Pedro, tu qué eres el mayor, has hecho mal en echarle polvo a tu hermano en la boca; pero tú, Juan, no tenías que haber dicho una blasfemia”».

«El día que se había fijado para mi entrada en el Carmelo, yo tenía que estar libre a las 6 de la tarde. Como había arreglado

todos mis asuntos, mi confesor me dijo que, si quería, podía esperar al día siguiente. Pero yo le respondí: "Padre, ya que quedo libre esta tarde a las 6, entraré a las 6". Dígame, hija mía, si no fue una buena inspiración: al día siguiente de mi entrada, recibí una carta de la residencia en la que mi hermano pequeño estaba de interno. Me decía que mi hermano estaba enfermo, pero que esperaba que, con mis cuidados y el aire del campo, no tardaría en restablecerse. Así que, si no hubiese entrado la tarde del día en que quedé libre, quizás habría perdido la vocación: los obstáculos que se sucedieron uno a otro me habrían hecho aplazar la fecha y tal vez habrían terminado por impedirme entrar en el Carmelo.

»En el carmelo estaba una de mis amigas, a la que yo había conocido en el mundo (ella era entonces novicia de velo blanco). Antes de mi entrada, [11r^o] hablaban un día en la recreación de mí y de otra postulante que iba a entrar próximamente, pero que encontraba obstáculos a su vocación. Mi amiga dijo simplemente: "¡Bueno, con tal que entre la señorita Bertrand...! La otra no me preocupa, puede quedarse muy bien donde está!". Enseguida varias religiosas comentaron entre ellas: "¡Vaya!, ya va a comenzar una amistad particular".

»Yo no sabía nada de todo esto. Por eso, cuál no sería mi sorpresa, después de mi entrada, al ver cómo había cambiado mi amiga respecto a mí. Me acompañaba a todos los lugares adonde tenía que ir, pero se mostraba reservada, e incluso fría. Yo *no le pregunté qué era lo que había motivado ese cambio*, pero más tarde, una vez admitida a pronunciar los sagrados votos, me contó durante la licencia el motivo de su conducta, y admiré su prudencia y su virtud.

.....

»La mañana de mi profesión, me encontraba tan turbada, que pedí permiso para ir a hablar con mi confesor, y sólo por orden suya pronuncié los sagrados votos.

.....

»En el monasterio había varias hermanas que usaban vejigatorios². Poco tiempo después de mi entrada, apareció una más, que no quería decirlo. Un día, durante el lavado, una hermana

² Medicamento que, aplicado sobre la piel, segrega una secreción serosa que produce un levantamiento de la epidermis.

dijo irreflexivamente: "Seguro que es sor Genoveva la que tiene un vejigatorio, y no quiere decirlo, por miedo a que no se la reciba". Mi maestra, que estaba presente, al oírlo, pensó que era verdad y que se lo había ocultado; por eso, se mostraba muy severa conmigo. Yo, que no sospechaba nada, seguía conduciéndome con ella normalmente, sin poder explicarme su severidad, que me resultaba incomprensible. Un día, fui a su celda para pedirle permiso para lavarme los pies. "—¿No tiene nada [11vº] más que pedirme?, me dijo severamente. —No, hermana, creo que no tengo nada más. —¡Cómo, hipocritilla, embustera!, ¿no tienes nada más que eso? ¿Y el vejigatorio que tienes en el brazo y que nos estás ocultando...?". Mi sorpresa fue supina. Le aseguré que yo no tenía ningún vejigatorio, pero no conseguí convencerla, y tuve que acabar enseñándole los brazos para demostrarle que no la estaba engañando.

»Poco tiempo antes de mi toma de hábito, la buena de la hermana ropera me llamó y me dijo: "Hermana Genoveva, la voy a tratar como a *privilegiada*: mire qué capa le voy a dar". Y sacó del armario la capa en cuestión. Era una capa que había pertenecido a una monja que había muerto muy anciana. Como esta hermana había estado sentada continuamente en un sillón durante los últimos años de su vida, nadie se había dado cuenta de que su capa era extraordinariamente corta (yo creo que había encogido a fuerza de lavados) y de que estaba totalmente amarilla.

»Al verla, se me encogió el corazón..., ¡yo que me había hecho tantas ilusiones con tener una hermosa capa blanca...! Me entraron muchas ganas de llorar; sin embargo, le di las gracias a la ropera, sin decirle nada de mi pena. Varios días después, una novicia que acababa de tomar el hábito, al enterarse de que yo no tendría una capa [12rº] nueva, se echó a llorar, diciendo: "¡Y yo, que tanto había deseado tener una capa vieja! ¡Qué suerte la de sor Genoveva!". ¡Ay, me dije a mí misma, *qué imperfecta tengo que ser!* Mi compañera llora porque no tiene una capa vieja, ¡y yo llorando porque la tengo!».

(La madre priora no permitió que la madre Genoveva llevase aquella capa, que, aunque era pequeña de estatura, no le llegaba ni a las rodillas.)

«Yo tenía el oficio de ropera, junto con una religiosa joven, y teníamos como primera de oficio a una buena viejecita. Un día, teníamos una cesta llena de túnicas para zurzir. Mi compañera

y yo nos dimos tan buena mano, que a la noche toda la cesta estaba vacía. Nos hacíamos grandes ilusiones por la sorpresa que le íbamos a dar a nuestra primera de oficio. Pero cuando llegó la buena anciana, puso manos a la obra como de costumbre, sin decirnos una sola palabra. Las dos nos miramos consternadas, pero mi joven compañera no tardó en tomar la palabra: “—Hermana, ¿no está contenta? Fíjese lo bien que hemos trabajado... —Perdón, hermanitas, no sabía que [12vº] hubierais hecho por mí toda esa labor; yo creía que habíais trabajado por Dios, y por eso no os di las gracias; pero ahora que lo sé, os estoy muy agradecida... Gracias..., gracias, queridas hermanitas”. Puedes imaginarte, hijita, la impresión que nos produjeron esas palabras; tanta, que no tuvimos la tentación de volver a repetirlo.

»En Poitiers era costumbre que la última profesa fuese la tercera enfermera; así que, enseguida de profesar, me pusieron en este oficio. Pero era tan torpe, que no podía tocar nada sin dejarlo caer. Un día, me pusieron en las manos un plato de ciruelas, recomendándome que lo llevara con cuidado; pero apenas hube dado tres pasos, ¡cataplún!, el plato a tierra y las ciruelas por el suelo. La madre priora, los días que yo rompía algo, como castigo, no me dejaba comulgar. Una mañana, antes de Misa, rompí un objeto. Estuve muy tentada de no decirlo hasta después de la Misa, pero pensé que no debía hacer eso, pues sabía que nuestra Madre me quitaría la comunión [13rº] si se enteraba. Así que fui a decírselo: “—Madre, acabo de romper tal cosa. —Quítese la capa, hermana Genoveva”.

»En la enfermería había una hermana de velo blanco, la hermana Radegonda, que era una verdadera santa. El olor que despedía a su alrededor era tan repelente, que, la víspera de su muerte, el médico que la atendía sólo se quedó muy poco tiempo, y, al salir del monasterio, fue a pedir a las torneras algo de beber, pues le fallaba el corazón. “Estas mujeres, dijo, tienen que ser muy santas para soportar semejante olor, ¡no hay quien lo aguante!” Pues bien, hijita, el día de su muerte desapareció todo el mal olor. Fue un verdadero milagro, pues no esperábamos poder velarla, como nos había dicho el médico. En vez de eso, alrededor de su lecho se respiraba un auténtico perfume. Era verano y hacía mucho calor. ¡Con qué alegría y devoción me entregué a prepararle coronas de rosas y a cambiarlas enseguida cuando se marchitaban...!

»Había en la enfermería una enferma que, para cerrar las mangas de la túnica, tenía un gran número de cordoncitos (creo que eran veinticuatro). Un día, me [13vº] pidió que le cambiase los cordones, que estaban ya gastados. Me fui enseguida a buscar a la primera enfermera para pedirle cordones; ella me indicó dónde estaban, e hice ese trabajo, que fue un poco largo. Cuando terminé, fui a llevarle mi trabajo a la enferma, que se puso muy contenta. Pero no tardó en venir a buscarme la enfermera: –“Pero, sor Genoveva, ¿qué ha hecho usted? Ha puesto cordones nuevos a la túnica. Debería haber dado la vuelta a los que tenía. –Gracias, hermana, por decírmelo; ya voy a descoser los que he cosido y a poner los viejos”. Y volví a toda prisa al lado de la enferma, rogándole que me devolviese la túnica. “Pobrecita, me dijo, cuánto trabajo te doy. –No se preocupe, hermana, pronto se la vuelvo a traer”. Y volví a comenzar mi trabajo, pues tenía mucho miedo a cometer una falta contra la santa pobreza».

3. TEXTOS DIVERSOS

En esta sección recogemos la mayor parte de los textos que Teresa conservaba en el cajón de la mesa de su celda o dentro de los libros que tenía a su uso, clasificados por orden cronológico. Los demás textos son de escaso interés o difícilmente comprensibles.

24 de noviembre de 1888.

Testamento de san Juan de la Cruz (copia)

La primera fiesta de san Juan de la Cruz que Teresa, postulante, vive en el Carmelo. Habría tomado el hábito por estas fechas si el señor Martín no hubiese caído enfermo. Se trata, sin duda alguna, de la copia del billete que escribió Teresa ese día. Publicado en VT, nº 94, abril 1984, p. 157.

Testamento de N. Padre San Juan de la Cruz

Hija mía, a ti te dejo mi pureza de intención... Me imitarás privándote por Dios de todo consuelo e inclinando tu corazón a elegir siempre preferentemente todo lo que cause menos satisfacción a tu gusto, tanto si viene de parte de Dios como si viene de las criaturas... A esto es a lo que se llama amar a Dios de verdad...

Primavera (?) de 1889.**Notas del retiro (P. Pichon). Copia**

Publicadas en VT, n° 30, abril 1968, pp. 139-140. Teresa copió en limpio, de su propia mano, varios extractos de dos retiros del P. Pichon: octubre de 1887 (cf. VT, n° 29, enero 1968, p. 68) y mayo de 1888. En Cta 89 (26/4/1889) y Cta 197 (17/9/1896) citará varios de estos textos. Su copia la había hecho sirviéndose de notas tomadas por otras hermanas. Cf. CG, p. 478, notas.

«La caridad, dice san Alfonso María de Ligorio, consiste en soportar a los que nos resultan insoportables».

Cuando los santos estaban a los pies de N.S., era cuando encontraban la cruz.

La santidad. Es más heroica, más sublime, pero está también más a nuestro alcance. Consiste en gemir, en sufrir y en tener paciencia en nuestras miserias...

«Todos, dice el P. (de) Ravignan, tenemos distracciones en la oración; apenas si podemos, durante un minuto, rezar un Ave María, ni guardar la presencia de Dios. Para ello se necesita valor y una santa energía...

¡La santidad! Hay que conquistarla a punta de espada. Es necesario *sufrir...*, es necesario *agonizar*.

Jesús sufrió con tristeza... ¿Podrá sufrir el alma sin tristeza...?

¡Los mártires sufrieron con alegría... y el Rey de los mártires sufrió con tristeza...! Y la primera palabra de su agonía es ésta: «¡Me muero de tristeza!».

¡N.S. tiene miedo a su cáliz amargo, tiene miedo de su santa vocación...! Esos miedos que me conturban puedo, pues, ofrecérselos... N.S. se conturba, tiene miedo... No conserva la sangre fría... ¡No permanece impasible...! Y yo me reprocho mis turbaciones..., mientras que Jesús me enseña que son meritorias... Jesús... se cansa... Se cansa de su santa vocación... y su sangre fluirá de todos sus miembros como prueba de ese rechazo... ¿Y me extraño yo de experimentar rechazo ante las angustias de la naturaleza...? N.S. llega hasta el *tedio*, un sentimiento *bien bajo* en un alma *generosa*... Suprimamos los tedios y los sentimientos de abandono..., ¿y dónde quedarán nuestras pruebas? Y yo creía que no había que sufrir *pobremente*, *miserablemente*... «¡Dios nos libre, decía un santo, de sufrir noblemen-

te, reciamente, generosamente!». Sin esta cruz íntima del desaliento, no lo olvidemos, todas las demás no serían nada...

ABANDONO

¡Ensanchad el corazón...! ¡Dilatad vuestra alma...! «Amad a Jesús con locura, decía el P. de Ponlevoy, y para escapar de su brazo ¡arrojaos en su corazón...! ¡El camino de la conciencia no es el camino del corazón...!».

«Que Dios, dice el bondadoso san Francisco de Sales, que Dios sea en adelante el Dios de vuestro corazón, y no el Dios de vuestra conciencia, de vuestra inteligencia, de vuestra voluntad... ¡Los homenajes de vuestra conciencia y de vuestro respeto...! ¡Dios está ya harto de ellos...!».

«Cuando en un corazón anida el fuego del amor, todos los muebles vuelan por las ventanas».

No seáis, pues, esclavos, haceos niños... Ocupad vuestro lugar en el corazón de vuestro Esposo... ¡En Dios, estáis en vuestra casa...!

Dice san Francisco de S.: «Ponedle buena cara a vuestra alma, dirigidle una sonrisa, una palabra amable». «¡Corazón mío, amigo mío, caminemos juntos! ¡En nombre de Dios, ten ánimo...!».

Tened paciencia con Dios, pero ¡tened paciencia con vosotros mismos! ¡Hay que ser grande con uno mismo...!

Una gran pobreza espiritual bien aceptada es un gran tesoro.

24 de noviembre de 1891

Testamento espiritual de san Juan de la Cruz.

Copia.

1891 es el año del tercer centenario de la muerte de san Juan de la Cruz. Teresa hizo muchas estampas, con reliquia y sin ella, para venderlas con ocasión de esas fiestas. Texto citado en CG, p. 618.

J.M.J.T.

Testamento de N. Padre san Juan de la Cruz, 1891

Hija mía, a ti te dejo mi desasimiento interior. El alma que quiere poseer a Dios por entero debe renunciar a todo para darse por entero a este gran Dios...

19 de marzo de 1892

Testamento de san José. Copia.

Se trata seguramente de la copia del «testamento» extendido por Teresa en la fiesta del Santo.

T. de N.P. san José

Hija mía, a ti te dejo las llamas divinas que el santo Niño encendió con su hermosura en mi corazón, que se convirtió así en una hoguera y en un horno del más tierno y puro amor. Tú participarás de él en la medida en que no tengas ningún apego a las cosas creadas. Si tu corazón está completamente desnudo y purificado, le servirá de lecho al santo Niño Jesús, que descansará santamente en él...

19 de marzo de 1892

1892-1893. Consejo espiritual. Nota

Seguramente una respuesta que le dio en el confesonario el confesor extraordinario del carmelo, el abate Baillon, después de comenzar 1892, cuando Teresa aún sufría de escrúpulos (cf. CG, p. 678+ e).

J.M.J.T.

Si no actúas contra tu conciencia, aunque pueda haber pecado en ello, tú no pecas (El Sr. abate Baillon).

1892-1895. Sentencias para estampas. Copia.

La mayor parte de estos pensamientos estaban destinados a ser utilizados para estampas de primera comunión, una de las fuentes de ingresos de la comunidad. La tercera cita es de Jer 31,3; para la séptima, cf. Cta 197; la octava, cf. Ms A 83vº.

¡Dulce rostro de Jesús escondido en la Eucaristía, ten compasión de nosotros!

Jesús, tu Eucaristía constituye las delicias de mi alma.

Con amor eterno te he amado.

Busco un alma recogida para comunicarle mis favores.

Que la Santísima Virgen María os colme de sus beneficios.

Busco un corazón puro para hacer en él el lugar de mi reposo.

La fe conduce a la confianza y la confianza al amor. (S. Alfonso de Ligorio).

Estamos en continua comunicación con Dios, que no cesa de hablar a nuestros corazones por medio de inspiraciones, inclinaciones y mociones. (S. Francisco de Sales).

¡María, Madre mía del cielo, protege y guarda a mi madre de la tierra!

¡María, que en este día tan grande todos mis seres queridos se vean colmados de tus beneficios!

María, tú que enjugaste las primeras lágrimas de Jesús, fortalece nuestra debilidad y auxilianos en las pruebas de la vida. (Mons. de la Martinière.)

20 de febrero de 1893.

Exhortación del canónigo Delatroëtte. Notas.

Caligrafía muy apresurada. Parece que se trate de notas que Teresa tomó de memoria, al salir de la ceremonia de la prestación de obediencia en el coro, cuando la elección de la madre Inés. El Sr. Delatroëtte había pronunciado una exhortación en presencia de toda la comunidad. El título a lápiz fue añadido después. Algunas líneas se encuentran citadas en CG, p. 690.

J.M.J.T.

Nuestro Padre,

el día en que sor Inés fue elegida priora

... Cuando usted oyó pronunciar su nombre, sólo respondió con lágrimas. Entiendo sus temores: usted es joven, sin mucha experiencia. Pero tenga ánimo, querida hija, Dios se sirve a veces de los instrumentos más débiles en apariencia para realizar su obra y trabajar para su gloria. Además, usted tiene un alma recta y sencilla. Su santa Madre Genoveva la ayudará, esfuércese en imitar los preciosos ejemplos que ella le ha dejado. Yo puedo decirle, sin faltar a la discreción, que si la mayoría de sus hermanas han pensado en darle sus votos, es porque han observado que usted trata de imitar las virtudes que le ha visto practicar a ella. Ella será su sostén; y además, en sus dificultades, usted podrá recurrir a la Madre a quien tanto ama, y ella la aconsejará y la orientará; usted encontrará siempre en ella una ayuda.

Ahora, querida hija, usted va a estar al frente de sus hermanas, que le darán el nombre de Madre, y a las que guiará con dulzura pero también con firmeza. Si entre ellas se encontrase alguna que le resulte poco simpática, usted se llenará aún de más amor hacia ella. La sencillez que la caracteriza le indicará lo que ha de hacer. Y además, se lo repito, usted tendrá siempre a su lado a la digna Madre que usted sería tan feliz de verla continuar en su cargo de priora.

12 de junio de 1896. Deseo del Sagrado Corazón

Billete escrito por Teresa y regalado en 1911 por la madre Inés de Jesús al noviciado del carmelo de Saint-Pair (exiliado en Jersey); al dorso lleva la autenticación y la firma de la madre Inés y el sello del carmelo. El original se encuentra en el carmelo de Saint-Pair (Manche).

J.M.J.T.

El deseo del Sagrado Corazón es que imiten su caridad hacia los hombres, y sobre todo hacia los pecadores. Su voluntad es que amen tierna y constantemente a sus hermanas.

La unión de corazones, la ayuda mutua y la amistad son signos de predestinación, y el celo por la conversión de los pecadores también.

12 de junio de 1896.

Comienzos de julio de 1896. «Mil vidas pusiera yo...»

Frase sacada del Camino de perfección, cap. 1, de santa Teresa de Jesús. La frase está escrita, en letra redonda, en la hoja que Teresa tiene en la mano en la foto de VTL, n° 29 (DLTH, p. 267). Cf. Cta 198.

Mil vidas pusiera yo para remedio de un alma...

Santa Teresa.

Julio de 1896. Para la fotografía del P. Roulland

Nota escrita por Teresa. El P. Roulland había enviado una foto suya a la madre María de Gonzaga (cf. Cta 193). Esta nota aparece citada en CG, p. 878+a.

Esta fotografía no me pertenece, nuestra Madre me ha dicho que se la guarde en mi mesa, y ella la cogerá cuando la necesite. T. del N. Jesús, rel. carm. ind.

Alrededor del 20 de junio de 1896. Fechas

Teresa dio siempre una gran importancia a las fechas de las gracias que recibió. Después de las del escudo de armas, al final del Ms A, las actualizó en junio de 1896, seguramente para enviárselas al P. Roulland el 27 de julio (cf. MS/NEC, 86r°, 3+) al dorso de su fotografía (VTL, n° 37): una lista idéntica a ésta. Puede comprobarse que Teresa no se acuerda del día exacto de su curación (línea 4ª); en la última línea, «Unión apostólica» con su hermano espiritual, el P. Roulland (cf. Cta 189, del 23/6/1896). Teresa enviará también sus fechas al abate Bellière el 25/4/1897 (cf. Cta 224, CG, p. 977+h).

Fechas de las gracias
que el Señor concedió a su pequeña esposa
Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz

Nacimiento	2 enero 1873
Bautismo	4 enero 1873
Santa muerte de mi madre	28 agosto 1877
Curación milagrosa por N.S. de las V.	mayo 1883
Primera comunión	8 mayo 1884
Confirmación	14 junio 1884
Día especialísimo de gracias	25 diciembre 1886
Audiencia con S. Sant. León XIII	20 noviembre 1887
Entrada en el Carmelo	9 abril 1888
Toma de hábito	10 enero 1889
Profesión	8 septiembre 1890
Toma de velo	24 septiembre 1890
Santa muerte de mi padre	29 julio 1894
Unión apostólica	28 junio 1896

21 de noviembre de 1896.**Cartas de Teófanos Vénard**

Copias publicadas en VT, n° 81, enero 1981, pp. 60-62 («Cuaderno de escritura» de Teresa, sección III). La fecha del 21 de noviembre de 1896 (67° aniversario del nacimiento de Teófanos Vénard) precisa la época en que Teresa trabó conocimiento con el joven misionero mártir, uno de sus amigos predilectos hasta el final de su vida.

De esta selección de cartas sacaré ella algunos de los temas de su poema de febrero de 1897 A Teófanos Vénard (PN 47) y todas las citas de su carta de despedida a sus hermanas carmelitas (Cta 245).

21 de noviembre de 1896

Extracto de las cartas que escribió en Tong-King
el angélico mártir Juan Teófanos Vénard

... Espero en paz el día en que me será dado ofrecer a Dios el sacrificio de mi sangre. No añoro la vida de este mundo, mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna.

Mi destierro va a concluir; ya estoy tocando el suelo de la patria verdadera, la tierra se aleja, el cielo se entreabre. ¡Adiós...! Un día nos volveremos a encontrar en el paraíso y gozaremos de la verdadera felicidad en compañía de Dios, de la Virgen inmaculada, de los ángeles y de los santos...

... Mi pensamiento vuela hacia la eternidad, ¡el tiempo se está acabando...! Tengo la espada suspendida sobre mi cabeza, mi corazón está sosegado como un lago tranquilo o un cielo sereno. Dios cuida mi debilidad, no tengo miedo, me siento feliz...

No encuentro nada en la tierra que me haga feliz; mi corazón es demasiado grande, nada de lo que la gente llama felicidad en esta tierra puede saciarlo.

Aquí estoy, pues, metido en la arena de los confesores de la fe; es gran verdad que el Señor elige a los pequeños para confundir a los grandes de este mundo... No me apoyo en mis propias fuerzas, sino en la fuerza de Aquel que, por la cruz, ha vencido a los poderes del infierno y del mundo.

Madre inmaculada, cuando caiga mi cabeza bajo el hacha del verdugo, recibe a tu humilde servidor, como el racimo maduro de uvas que cae bajo la cuchilla, como una rosa florida cortada en tu honor.

¡Aquí estoy, rendido a esta hora que todos nosotros tanto hemos deseado! ¡El martirio...! Éste ha sido el sueño de mis años jóvenes... Cuando era pequeñito, me decía a mí mismo: Yo también quiero ir a Tong-King, yo también quiero ser mártir.

¡Oh curso admirable de la Providencia, que en medio del laberinto de esta vida me ha conducido hasta Tong-King, hasta el martirio! Me habría encantado seguir trabajando, ¡he amado tanto a esta misión! En vez de mis sudores, le daré mi sangre.

Un leve golpe de sable cortará mi cabeza, como flor primaveral que el dueño del jardín corta para deleitarse. Todos nosotros somos flores plantadas en esta tierra y que Dios corta a su tiempo, un poco antes o un poco después. Uno es la rosa empurpurada, otro la azucena virginal, otro la humilde violeta. Tratemos de agradecer, según el perfume y el resplandor que se nos ha dado, al soberano Dueño y Señor. Yo, humilde efémero, me marchó el primero...

Mira, pues, a tu hermano, con la corona de los mártires coronando su cabeza, con la palma de los triunfadores levantada en su mano. Un poco más, y mi alma dejará la tierra, acabará su destierro, concluirá su combate. Subo al cielo, toco ya la patria, consigo la victoria. Voy a entrar en la morada de los elegidos, a ver bellezas que el ojo del hombre nunca ha visto, a escuchar melodías que el oído nunca ha oído, a disfrutar de alegrías que el corazón nunca ha saboreado. Pero antes es necesario que el grano de trigo sea molido, que el racimo de uvas sea prensado. ¿Seré yo un pan y un vino sabrosos al paladar del padre de familia? Así lo espero de la gracia del Salvador y de la protección de su Madre inmaculada. Y precisamente por eso, aunque esté todavía en la arena, me atrevo a entonar el cántico del triunfo, como si ya estuviese coronado como vencedor.

El bienaventurado mártir nació el 21 de noviembre de 1829 y fue bautizado ese mismo día. Recogió la palma el 2 de febrero de 1861.

Diciembre de 1896. Boletín del Sagrado Corazón

Este texto que había copiado Teresa le sirvió para su carta del 25 de abril de 1897 al abate Bellière (Cta 224, en CG, p. 977+ a).

J.M.J.T.

Extracto del Boletín del Sagrado Corazón. Diciembre de 1896.

Una vez en que yo asistía a la misa del P. de la Colombière, N. S. le concedió grandes gracias, y a mí también. Pues cuando me acercaba a recibirlo en la Sda. comunión, me mostró su Sagrado Corazón como una hoguera ardiente y otros dos corazones que iban a unirse ya abismarse en él, y me dijo: «Así es como mi puro corazón une para siempre a estos corazones». – También me dio a entender que esa unión era toda ella para la gloria de su Sagrado Corazón, y que para eso quería que fuésemos como hermano y hermana compartiendo los dos los mismos bienes espirituales. – Y allí, haciendo presente a N. S. mi pobreza y la diferencia que había entre un sacerdote tan santo y una pobre pecadora como yo, me dijo: «Las riquezas infinitas de mi Corazón lo suplirán y lo igualarán todo».

Vida de la Beata Marg. María, escrita por ella misma, p. 347.
Vida escrita por los Cont., p. 90.

1 de mayo de 1897. P. Mazel

Texto escrito a lápiz. Fuertemente impresionada por la muerte de este joven misionero, Teresa habló de ella al P. Roulland (Cta 226, del 9/5/1897). Cf. UC, pp. 350-351+c.

P. Mazel, nacido en Rodelle (Aveyron) el 22 de sept. de 1871; ingresó en el seminario el 21 de oct. de 1891; ordenado sacerdote el 28 de junio de 1896; partió el 29 de julio siguiente; acaba de ser martirizado en su capilla de Lo-li. Vicario apostólico Mons. Chouzy, obispo de Kouang-Si.

¡Bienaventurado mártir, ruega por mí! (1 de mayo de 1897).

Junio de 1897. «Me colmas de alegría»

Teresa citó este salmo 91 en el Ms C 7rº, aplicándolo a su prueba de la fe. Lo escribió con tinta en la última página de su Evangelio, al final del texto de san Juan. Cf. CA 13.7.16; BT, pp. 82-83; y DLTH, p. 259.

Tú, Señor, me colmas de alegría, con todo lo que haces.

(Salmo XCI) Junio de 1897.

4. SELECCIONES BÍBLICAS

Concordancia pascual (1896 o 1897)

«Teresa copiaba pasajes del Evangelio para concordar y comprender los hechos según el relato de cada uno de los evangelistas» (NPPA/G). Un ejemplo importante de esta preocupación de Teresa nos lo ofrece un folio escrito de su puño y letra en 1896 o 1897: una «concordancia pascual», reproducida en BT (pp. 183-185) y aquí en toda su integridad. Se detiene principalmente en la aparición del Resucitado a las mujeres. No sabemos si eso fue intencional o si Teresa se proponía completar su «sinopsis» con un segundo folio.

JMJ

Pasado el sábado, María la Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. El primer día de la semana salieron muy temprano y llegaron al sepulcro al salir el sol. Y se decían unas a otras: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? Esa piedra era muy grande. Miraron, (Mc 16,1-4), y de pronto se produjo un gran temblor de tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo, vino a correr la piedra y se sentó encima. Su aspecto era como un relámpago y su vestido como la nieve. Los centinelas, sobrecogidos por el espanto, y se quedaron alienados y como muertos (Mt 28,2-4). María Magdalena, al ver quitada la losa del sepulcro, corrió a encontrar a Simón Pedro y al otro discípulo a quien tanto quería Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto (Jn 20,1-2). Pero el ángel habló a las mujeres y les dijo: Vosotras, no temáis, ya sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado (Mt 28,5). ¿Cómo buscáis entre los muertos al que está vivo (Lc 24,5)? No está aquí, pues ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde habían puesto al Señor (Mt 28,6). Acordaos que, estando todavía en Galilea, os dijo: El Hijo del Hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y resucitar al tercer día. Ellas recordaron al instante esas palabras (Lc). El ángel añadió: Id corriendo (Lc 24,6-8) a decir a sus discípulos y a Pedro que Él irá por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo. Aquellas mujeres salieron enseguida del sepulcro (Mc 16,7-8), sobrecogidas de temor y llenas de alegría (Mt 28,8), y al principio no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían (Mc 16,8). Pedro, después

de oír a María Magdalena, salió con el otro discípulo, al que Jesús amaba, y se fueron al sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más rápido que Pedro y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo, pero no entró. Llegó detrás de él Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio las vendas en el suelo y el sudario que le habían puesto en la cabeza, que no estaba con las otras vendas, sino que estaba totalmente doblado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues todavía no entendían lo que está escrito: que Jesús había de resucitar (Jn 20,3-9). Y Pedro se volvió, admirándose de lo sucedido (Lc 24,12). Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios (Mc 16,9). Los discípulos se volvieron a casa, pero María Magdalena se quedó fuera junto al sepulcro. Mientras lloraba, se agachó y, asomándose al sepulcro, vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar donde habían puesto el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Mujer, le dijeron, ¿por qué lloras? Ella les contesta: Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto... Dicho esto, se volvió y vio allí a Jesús, pero no sabía que era Él. Mujer, le dice Jesús, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le contesta: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré. Jesús le dice: «María». Ella se vuelve y le dice: «Rabboni» (que significa Maestro). Jesús le dice: No se te ocurra tocarme, que todavía no he subido a mi Padre. Pero ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro. María Magdalena fue a decirselo a los discípulos (Jn 20,10-18), que estaban completamente desolados y llorando (Mc 16,10): «He visto al Señor y ha dicho esto» (Jn 20,18). Pero ellos, al oírla decir que estaba vivo y que lo había visto, no lo creyeron (Mc 16,11). – Cuando las santas mujeres volvían del sepulcro, se les apareció Jesús y les dijo: «Hola». Ellas se acercaron y, abrazándole los pies, lo adoraron. Entonces Jesús les dijo: No tengáis miedo, id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán (Mt 28,9-10). Volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los once y a los demás. Fueron María Magdalena, Juana y María la madre de Santiago (Lc 24,9-10).

Recordatorio del señor Martin (1894)

Publicado en BT, pp. 291s. Los textos del recordatorio de la muerte del señor Martin, realizado a finales de 1894, fueron elegidos por Teresa y sus hermanas. La estampa tiene una fina orla para enmarcar un retrato. Aunque disponían de buenas fotografías de su padre, sus hijas prefirieron poner una reproducción de la Santa Faz de Tours, en una identificación bien significativa. Transcribimos los textos bíblicos en el mismo orden en que aparecen en la estampa. Las referencias han sido añadidas por los editores.

- Gn 15,1 Ego sum merces tua magna nimis (Gn 15,1).
- Lc 24,26 ¿No era necesario que Cristo padeciera y entrase así en la gloria? (N.S. a los discípulos de Emaús).
- Sal 30,21 Señor, escóndelo en el secreto de tu Faz.
- Al dorso:
- Sal 29,12 *El Señor cambió mis gemidos en cantos de alegría; rasgó el traje de luto que llevaba y me ha vestido totalmente de alegría (Sal XXX, 12).*
- Is 53,11 Veo el fruto de lo que he sufrido, y mi alma se ha saciado (Isaías).
- Tb 12,13 Porque eras grato al Señor, la tribulación tenía que probarte (El ángel a Tobías).
- Sb 3,5-6 ... El Señor mismo lo recibió como hostia de holocausto, lo probó como oro en el crisol y lo halló digno de sí (Sabiduría).
- Tb 13,17 Y tú te alegrarás en tus hijos, que serán bendecidos y se unirán al Señor (Tobías XIII, 17).
- Pr 20,7 El justo que camina con sencillez dejará tras de sí unos hijos felices (Prov.).
- Sal 17,26 *Tú, Señor, eres misericordioso con los que practican la misericordia, y justo con los justos (Sal XVII, 26).*
- Sal 17,17.20.22 El Señor me tendió la mano desde lo alto del cielo, me sacó a un lugar espacioso y me salvó, porque puso en mí todo su cariño..., porque siempre guardé los caminos del Señor y no he sido infiel a mi Dios (Sal 17).

Álbum de la madre María de Gonzaga (21 de junio de 1897)

Este álbum de fotografías se lo regaló Teresa a la madre María de Gonzaga para su santo. Los textos fueron escritos a mano, muchos de ellos en letras góticas, por la madre Inés, pero con toda probabilidad los escogieron las dos hermanas. Esta selección (publicada en BT, pp. 292-296) ofrece una interesante relectura bíblica de la vida carmelitana. Encontramos aquí el mismo clima que en el Ms C. De los cincuenta y siete pies de fotos, treinta y cuatro son citas explícitas de la Sagrada Escritura y una se inspira en ella.

(Enmarcando una fotografía de la madre Genoveva, la fundadora)

- Mt 5,4 ¡Bienaventurados los mansos...!
- Lc 1,48 El Señor ha mirado la humillación de su esclava.
- Lc 1,49 El Señor ha hecho en mí y por medio de mí grandes cosas.
- Gn 28,17 *(Presbiterio de la capilla del carmelo)* Ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo.
- Ap 14,13 *(La madre Genoveva muerta)* Dichosos los que mueran en el Señor, porque sus obras los acompañan. Apoc. XIV.
- 1S 18,1-3 *(La madre María de Gonzaga y la madre Inés, priora)* El alma de Jonatán se unió íntimamente con la del joven David, e hicieron un pacto. 1 Reyes, cap. XVIII.
- Sal 51,10 *(Sor San Estanislao)* Yo seré como un verde olivo en la casa de Dios. Sal LII, 10.
- Sal 49,5 *(Grupo de comunidad, VTL 18)* Que reúnan ante mí a todos mis consagrados, a los que sellaron conmigo una alianza con un sacrificio. Sal. XLIX, 5.
- Ct 6,1 *(Grupo VTL 7)* Ha bajado nuestro Amado al arriate de las plantas aromáticas, a pacer en los jardines y a cortar azucenas. Cant. VI,1.
- Sal 83,11 *(El monasterio visto desde la huerta)* Vale más un día en la casa del Señor que mil en las tiendas de los pecadores. Sal LXXXIII, 11.
- Sal 64,5 *(Otra vista del monasterio)* Dichoso el que tú elijas, Dios mío para que viva en tus atrios. Sal LXIV, 5.

- Sal 64,5* (*Claustro interior y crucifijo*) Nos saciaremos de los bienes de la casa del Señor. *Sal LXIV, 5.*
- Ct 7,13* (*Patio, capilla, celda de Teresa*) A nuestra puerta hay toda clase de flores y de frutas, y guardamos para nuestro Amado las nuevas y las viejas. *Cant. VII, 13.*
- Ct 7,12* (*Claustro del coro*) Nos levantamos de mañana para ir a nuestras viñas, para ver si las flores producen frutos. *Cant. VII, 12.*
- Ez 37,13* (*El cementerio de la clausura*) Y cuando os saque de vuestros sepulcros y os lleve a vuestra tierra, sabréis que yo soy el Señor. *Ezeq.*
- Sal 30,3* (*Grupo VTL 33*) Sé para nosotros, Señor, como roca inaccesible y fortaleza inexpugnable, donde nuestras almas estén seguras. *Sal XXX, 3.*
- Sal 132,1* (*Grupo VTL 19*) ¡Qué delicia es vivir juntos como hermanos queridos! *Sal.*
- Sal 54,15* (*Grupo VTL 16*) Nos comunicamos alegres nuestros proyectos y vamos juntos a la casa del Señor. *Sal LIV, 15.*
- Lc 10,21* (*Teresa novicia, VTL 5*) Te bendigo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios para revelárselas a los más pequeños... *Ev.*
- Pr 18,19* (*Teresa y Celina, VTL 26*) Hermano ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada. *Prov.*
- Dn 12,3* (*Teresa y María de la Trinidad, VTL 27*) El que enseña la justicia a su hermano brillará como el sol por toda la eternidad. (*Daniel*).
- Lc 12,32* (*Grupo VTL 22*) No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. *Ev.*
- Sal 44,11* (*Grupo VTL 20*) Escuchad..., muchachas, mirad y estad atentas, olvidad vuestro pueblo y la casa paterna, y el Rey os amará por vuestra belleza. *Sal XLIV, 11.*
- Sal 83,7* (*Grupo VTL 25*) Dichosos aquellos que, al pasar por el valle de lágrimas, lo convierten en manantial y en cisterna que llena la lluvia del cielo. *Sal. LXXXIII, 7.*
- Ct 2,11* (*Sor Genoveva, vestida de novia*) Ha pasado el invierno, las lluvias han cesado, levántate, amada mía, paloma mía, y ven. *Cant.*
- Sal 49,14* (*Foto quitada*) Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo. *Sal. XLIX, 14.*

Ap 19,7 (Sor Genoveva, profesa) Han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Apoc.

Sal 62,6 (Hnas. Genoveva y María de la Eucaristía, 17 de marzo de 1896) Nuestras almas están llenas de mayor dulzura que si saboreásemos los más exquisitos manjares, y prorrumpimos en cantos de júbilo. Sal. LXII, 6.

Jn 4,6s (María de la Eucaristía, postulante)
Yo bebo en la fuente,
recordando que un día
la humilde mujer de Samaría
allí encontró al Amor.

Sal 26,4 (Sor Genoveva, novicia) Una sola cosa he pedido al Señor: habitar en su casa todos los días de mi vida. Sal.

Sal 15,6 (Sor Genoveva, novicia, con capa) Me ha tocado un lote hermoso, y mi herencia es de gran valor. Sal.

(Enmarcando el grupo VTL 32, profesión de María de la Trinidad)

Sal 44,15 Te traerán a vírgenes como compañeras. Sal.

Ap 14,3 Cantaréis juntas un cántico nuevo.

Sal 88,2 (Sor Genoveva con azucenas y Teresa con el rosario, VTL 37) Cantaremos eternamente las misericordias del Señor... Sal.

Sal 30,22 (María de la Trinidad, profesa) Bendito el Señor, que ha hecho brillar sobre mí su misericordia, poniéndome a salvo como en una ciudad bien fortificada. Sal XXX, 22.

APÉNDICES